TAPICES MONTEVIDEANOS

ARMANDO
LOPEZ
ABBA



EDITORIAL FLORENSA & LAFON
PIEDRAS 346 — MONTEVIDEO



TAPICES MONTEVIDEANOS

ARMANDO LOPEZ ABBA

TAPICES MONTEVIDEANOS

EDITORIAL FLORENSA & LAFON
PIEDRAS 346 — MONTEVIDEO

IMPRESO EN EL URUGUAY

El Cristo de la Paciencia

HOY es viernes del Señor. Cerrito y su calles contiguas, centro de negocios bancarios en horas matinales, adquieren al atardecer de los viernes religiosa solemnidad.

Es tradicional la visita a la cripta del Señor, el sexto día de la semana. La llovizna y el frío de hoy, no son impeditivos para los devotos del Cristo de la Paciencia.

La multitud de fieles que cumplen religiosos preceptos, hormiguea incesantemente. Los hombres, arracimados en las aceras, observan y requiebran a las mujeres. Son ellas las que forman mayoría en el desfile procesional; pasan majestuosas y gallardas, sin prestar atención al cúmulo de li-

sonjas que parten de los corros que forman algunos jovenzuelos.

Frente a la iglesia de San Francisco, muchachos vendedores de baratijas exhiben sus chucherías en cestillos de mimbre y cajas de cartón.

A doquiera se vuelva la mirada pululan los mendigos. Da la impresión de un alto relieve, un viejo de ojos lacrimosos que permanece adosado al muro de la cripta. Un pordiosero nonagenario, tiende sus manos sarmentosas implorando en nombre de Dios y la Virgen María.

Gritan los vendedores de maníes. Enjambres de loteros acosan a los transeúntes, importunándolos con persistencia.

Apostado a la orilla de la calle, un hombre de cabeza apiñada cuya oftalmía le obliga a un continuo parpadeo, trafica con chucherías. Compite con él un muchacho miope de cara rojiza y pies deformes. Alguien le pide una imagen; para cogerla entre otras del conjunto, las aproxima a los ojos hasta pegarlas a sus lentes bicóncavos.

Demanda con voz grave una caridad, otro lisiado que se agazapa en los peldaños de la iglesia. Es un hombre repulsivo. A pesar de su hipertrofia en la tiroides y el rostro sumamente descolorido, no mueve a compasión.

La afluencia de fieles es considerable. De una tienda de velas salen mujeres con flores y cirios. El gentío se arremolina ante la puerta de la cripta. Franqueo el umbral. Bajo unos peldaños y observo un lienzo de prolija composición, en el cual se destaca la figura del Señor.

Me detengo en el tramo de la escalera. Hay un mármol incrustado en la pared con una inscripción latina. Mascullando jaculatorias, una vieja posa una mano sobre el crismón de la leyenda.

Desciendo el último escalón. Estoy en la cripta. Llena el espacio un sordo rumor de oraciones que perdura sin tregua.

Charlan a la vez, tres señoras sentadas frente a una mesa llena de objetos religiosos; ahora, las tres sonríen a una mujer enjuta de carnes que contribuye con su óbolo para los niños desvalidos. La obsequian con una medalla, que la mujer lleva a sus labios y besa.

Otra mujer que lleva una canastilla llena de artículos piadosos, me asedia hasta dejar en mis manos una estampa de la Virgen María.

Los bancos de la nave central están totalmente ocupados; tras ellos, se agrupan algunas personas que musitan sus rezos.

Resplandece el altar mayor iluminado por los cirios. Sobre un mantel tan blanco como los am-

pos de la nieve, se destacan relucientes candelabros, el atril para el misal y la figura del Cristo que da el nombre a la cripta.

Los ventanales de la nave lateral izquierda, lucen en vítreas escenas los misterios de la Pasión; escenas policromas, que contrastan en su belleza con los toscos tragaluces que hay en la nave menor derecha. A través de un tragaluz, se ven maderos y trastos viejos que afean la armonía de un conjunto de obras pictóricas que penden del muro.

Abriéndose paso con los codos, pasa entre la multitud una jovenzuela de tez lívida. Llega frente a la imagen de Cristo. Se cubre la cara con ambas manos y rompe a llorar inconsolablemente. Una cuarentona que lleva una vieja y desrizada capa de astracán, observa a la adolescente con vivísima curiosidad. Calla la penitente. Al levantar sus ojos suplicantes, los cirios que alumbran la efigie del Señor iluminan toda su belleza.

Hay un silencio. Pasa un grupo de mujeres enlutadas. A paso acelerado, se encaminan en tropel hacia el altar de la Virgen. Una muchachuela se aparta del pelotón. Llega de puntillas hasta un pequeño retablo que representa la crucifixión, coloca una flor, se santigua y vuelve a unirse al grupo de enlutadas.

Sosteniendo entre las manos encendidos ci-

rios, las devotas de Santa Rita oran de rodillas alrededor de la imagen. Oscilan las luces de los cirios, proyectando en el suelo móviles sombras.

Avanza hacia el altar una joven de seráfica hermosura. Tiene en el pecho una guirnaldilla de aleliés blancos. Deposita su ofrenda de cera y cae de hinojos a los pies de la imagen. Resplandece el rostro de la niña a la luz de las candelas, descubriendo sus labios trémulos que musitan preces. Viejas beatas aparatan sus ojos de los libros de oraciones y quedan inmotas contemplando a la niña de los aleliés blancos.

Flota en el aire olor a incienso. Me siento en la punta de un banco. A mi lado, una mujer que carga un rollizo crío, me mira de soslayo y refunfuña entre dientes. Es evidente que le soy molesto. Cedo mi asiento a un anciano que se apoya sobre un tosco cayado.

Camino por una de las naves menores. Me detengo frente al altar de Santa Clara. La imagen que viste el hábito de la orden de San Francisco, está iluminada por dos cirios mortecinos. Sus devotos oran a su alrededor con férvida devoción. A paso tardo, llega un hombre de alta estatura: viste pantalón azul de mar, zapatones deslustrosos y un sucio gabán agujereado. Deja el sombrero en el

suelo, se arrodilla frente a la imagen y permanece extático.

El pordiosero de manos sarmentosas que imploraba en la puerta de la cripta, ahora está recostado al fuste de una columna; mira al hombre de los zapatos grandes, hace un mohín y sonríe enigmáticamente mientras se rasca la cabeza.

Cuchichean unas mujeres agrupadas en círculo. Visten pobremente. La más pequeña, observa atentamente a la gente que pasa. Lleva una pañoleta de lana y tiene la cabeza cubierta con un pañuelo azul índigo, atado por las puntas bajo el mentón. Las otras, prosiguen su cuchicheo sin prestar atención a lo que sucede en su derredor.

La pequeña del pañuelo añil fija su mirada en alguien que le excita curiosidad. Lo revelan sus ojos y el acrecentamiento de su desasosiego. Habla quedamente a sus compañeras. Ahora las miradas de todas convergen en una joven y un anciano que cruzan la nave menor. La joven tiene los ojos color de malva y es de singular belleza. Lleva un lujoso vestido de satén negro, la cabeza tocada con una mantilla de encaje y un abrigo de pieles echado a los hombros.

Se hinca de rodillas ante el altar de la Purísima. Se santigua. Cruza los brazos sobre el pecho. Destácase la albura de las manos en el fondo del

satén. Se eleva en éxtasis. Ahora, con los brazos en cruz, camina de rodillas alrededor de la Inmaculada.

El anciano que la acompaña la observa sin inmutarse. Una señora detiene el paso. También un hombre que tiene un paraguas colgado del brazo la mira atónito y boquiabierto.

A poca distancia, las mujeres del corro prosiguen su frívola cháchara; sólo la pequeña del pañuelo azul, sigue con los ojos los movimientos de la muchacha vestida de satén.

Veo que estoy rodeado de gente. Alguien bisbisea oraciones detrás mío. Llega una pareja de religiosas de la Visitación. Llevan desmesurados rosarios y medallas de San Francisco de Sales. Son dos salesas de igual estatura y el mismo grosor. No sólo tienen semejanza en el hábito talar, sino en el color moreno, en las facciones y las posturas.

Se inclinan levemente ante el altar de la Virgen. Se santiguan y rezan con la misma unción y recogimiento. Dan la impresión de haber practicado con precedencia las posturas, flexiones y movimientos.

Al lado de las salesas, levanta la mirada hacia la Virgen una mujer entrada en años. Sus ojos inexpresivos transparentan la vacuidad de su espíritu. En la comisura de los labios lascivos e im-

pregnados de bermellón, se dibuja un doloroso rictus. Y en los gestos impudentes, la vestimenta y el modo de mirar, lleva impreso el conocimiento de todas las aberraciones de la vida.

De vez en cuando se inclina lentamente hasta besar las losas del suelo. Se exalta en sus preces. Gesticula. Gime. Pronuncia frases ininteligibles. De pronto queda inmóvil, con la vista clavada en una de las religiosas. La monja siente el ultraje de la mirada y se sonroja llena de vergüenza.

Sin reparar en su desasosiego, la mujer la mira con sus ojos inexpresivos. Vuelve a besar las losas del piso, se signa tres veces y abriéndose paso entre la gente desaparece como un bólido.

Se camina con dificultad por las estrechas naves. Llego a la calle envuelto en una impetuosa oleada humana.

Afuera continúa la llovizna. A pesar del agua prosigue el ajetreo de fieles.

Aterido de frío, el muchacho de los pies deformes tiembla como un azogado. Algunos pordioseros permanecen conglutinados junto al muro, mientras otros, mojados por la lluvia, se sacuden como perros chapuzados.

Domingo de feria

TRISTAN Narvaja, es una calle sin importancia. Es pesada, descolorida y mustia; pero los domingos, desde que amenece hasta mediodía, es una calle de bullanga, exuberante de color y alegría.

Puestos de plantas y flores que bordean las aceras de nuestra calle principal, sirven de acceso a la feria montevideana.

Amparados del sol bajo toldos de lonas multicolores, se levantan puestos de embuchados, quesos, aves, libros, confituras y miles de mercancías que las gentes tocan, prueban y huelen.

En el centro de la calle, se instalan vendedores que tienen ante sí un fárrago de objetos usados e inútiles: cerrojos, llaves, sopletes, cremalle-

ras, espátulas. La gente se aglomera alrededor de estos puestos y observa todo con detenimiento.

Un mercader de gramófonos y discos, toca un tango arrabalero. Nadie lo escucha, excepto un soldado boquiabierto que revela toda su mentecatería.

El pajarero del puesto contiguo, silba melódicamente a su pajarería; inactivo como él, un librero escudriña a dos jóvenes imberbes que hojean libros y hablan de autores rusos.

La pasividad del pajarero y librero, contrasta con la actividad de un carnicero rollizo y mofletudo, que trabaja y suda copiosamente. Algunas personas se agolpan en su puesto y le atisban con recato. Es un gordo simpático y decidor, que cumple con el precepto bíblico colgando y descolgando tiras de salchichas, serrando huesos y cortando lonjas de jamón.

Al lado del puesto de carne, una mujer pregona su mercancía con voz apagada; vende mondadientes en una caja de cartón. Parece tener despego por su negocio; pues una incontrastable impulsión, le lleva los ojos a las sartas de chorizos que cuelgan provocativos.

Algo más allá, tres hombres aturden con gritos desmesurados. Anuncian la liquidación de verduras y frutas colocados sobre bolsas extendidas en el suelo. Montones de frutas, patatas y zana-

horias achicharradas por el sol, van a llenar las cestas y bolsas de los compradores.

En el cruce de la calle Uruguay, un escamoteador hace desaparecer a ojos vistas, el as de un juego de barajas. Entre el populacho que le rodea, se ven rostros manifestativos de admiración. Algunos hombres parecen alucinados; otros, creen descubrir el truco y sonríen alborozados; pero un vendedor de golosinas que está apostado a la vera del prestidigitador, se indigna de la candidez del público y pronuncia algunas palabras incoherentes.

Deja el escamoteador las cartas para ir a la venta de sus baratijas, y el público comienza a rebullir en masa.

Un continuo campanilleo tiene la virtud de hacer que la gente se hacine para oír a un rifador. Es éste un hombre listo y locuaz; exhibe relojes despertadores, pero sortea lápices y horquillas.

Apresurado por curiosear, un muchacho que vende pasteles y dulces, tropieza con una cesta llena de huevos y cae. La huevera, una mujer extremadamente impetuosa, se apresta para golpearlo; pero el chico se levanta con presteza, le espeta un vocablo soez y echa a correr en zigzag desapareciendo entre el gentío.

De todas las bocacalles surgen alegres y risueños miles de feriantes.

Mujeres de toda calaña social, tocan y retocan las frutas y verduras amontonadas en los puestos; llenan sus bolsos, y salen satisfechas de haberse provisto de lo concerniente para un copioso yantar.

De los despachos de bebidas salen vahos de pestífico amílico, mezclados con olores de tabaco y sudor.

Al llegar a la calle Paysandú, el aire trasciende a churrería. Un churrero andaluz que pregona con gracejo, reparte churros a diestra y siniestra. La gente sale del puesto saboreando la fritura.

Mostrando torpeza en los movimientos, unos hombres acartonados comen con precaución para evitar las manchas de aceite en sus trajes domingueros.

Al llegar mediodía, se disemina paulatinamente la multitud; comienzan a ralear los puestos y a disolverse los grupos.

Una hora después, Tristán Narvaja vuelve a ser una calle sin importancia.

Despedidas

NOCHE a noche, a la hora del embarque del pasaje para Buenos Aires, las calles que desembocan en el puerto se llenan de transeúntes.

Por la calle Colón, bajan hombres y mujeres cargados con maletas y envoltorios.

Algunos viajeros pasan charlando animadamente con sus acompañantes; otros, van solos y abstraídos.

Siguiendo a un grupo de deportistas argentinos que parten para Buenos Aires, un tropel de muchachos desarrapados pasan tocando tamboriles carnavalescos. Tamborilean sin cesar, en tanto hacen ridículas flexiones.

Para presenciar el pintoresco desfile, marineros y cargadores del puerto se apelotonan delante de los bares.

La gente que pasa por la calle Yacaré, observa con curiosidad los escaparates de las fondas, rebosantes de pollos y trozos de carne que se exhiben adornados con ramas de perejil. El olor a comida impele a las mujeres para hacer un mohín de repulsión; mohín que contrasta con la expresiva mirada de un hombre escuálido que, pegado al escaparate y con los ojos clavados en los manjares, obstruye el paso a los transeúntes.

En la conjunción de las calles terminales, la afluencia de gente se intensifica; luego, al llegar al puerto, la multitud divisa una profusión de luces aunadas. Es el vapor de la carrera que, amarrado con gruesas maromas, se yergue altivo y majestuoso.

Afluyen sin cesar los viajeros. La cubierta del "Ciudad de Montevideo" está ennegrecida por el pasaje. Los acompañantes, agrupados en la orilla del embarcadero, dialogan con los de a bordo. El vocerío se acrecenta; después decrece, ahogado por el *tan tan* de los tamboriles.

Marchando en hilera, los tamborileros se abren paso entre la multitud. La extinción de las voces aviva la emotividad de las despedidas. Diríase que

la palabra es obstáculo para llegar al alma; pues sin palabras, cobran más expresión los ojos, se ahondan los besos y surgen más copiosas las lágrimas.

Cuando los tamborileros cesan de emitir su ruidosa bullanga, vuelve a oírse la confusa vocinglería. De ella se destacan las voces de algunos vendedores que pregonan su mercancia.

Una joven que lleva un manojo de rosas, observa atónita a una vieja enlutada que despide a su hijo. La cesta de un vendedor de caramelos le roza las flores; éstas se deshojan, sembrando el suelo de pétalos blancos y rojos.

Acodados sobre la borda del barco, ríen, fuman y cantan los deportistas.

Una alegría ruidosa se enseñorea de viajeros y acompañantes. Suena la campana de a bordo. La partida está próxima. Los visitantes de la nave salen con premura, abriéndose paso a empujones.

Dos marineros se disponen a retirar la planchada. Se detienen. ¿Qué pasa? ¡Ah, el eterno viajero rezagado! Es él un señor craso y plúmbeo, que llega cargado de maletas y paquetes.

Ronca la sirena del barco. Lentamente se despega la nave del embarcadero. Se oyen silbidos, se levantan sombreros, estallan aplausos y se agitan miles de pañuelos.

El vapor se aleja paulatinamente. La multitud se desparrama por la explanada, las luces se amortiguan y el puerto queda oscuro y solitario.

Todo ha cambiado. Sólo la mujer de luto sigue inmutable, con los ojos clavados en el río, donde comienzan a cabrillear franjas de plata.

Bajo la lluvia

CON las menguadas alegrías que heredara del verano, expira el apacible otoño montevideano. Y con él se van los días serenos, las noches tranquilas, las nubes teñidas de rosa, las playas doradas por el sol y los crepúsculos con sus metamorfosis de luz.

A los días grisáceos les sucederán noches oscuras, frías y procelosas; noches de infinita tristeza, en que la niebla esfumará en vagas siluetas a los noctívagos montevideanos.

El viento sacudirá el ramaje de los plátanos que bordean las aceras, desnudándolos de sus últimas hojas; luego, en carreras locas, la seca hoja-

rasca irá zumbando por las calles de la ciudad anunciando sucesivas tempestades.

Y volverán los días tediosos, los cielos encapotados y las lloviznas que motivarán el encarcelamiento casero de viejezuelas llenas de achaques, que atisbarán detrás de los visillos a la gente que camina bajo la lluvia.

Paraguas femeninos de vivos colores, romperán la uniformidad monocroma de los días plomizos; y unidos a éstos, como bandadas de cuervos vertiendo lágrimas a raudales, pasarán en luctuoso desfile los paraguas negros.

A través de los cristales cubiertos de vaho, en los cafés de la avenida principal, aparecerán rostros de expresiones hipnóticas que seguirán con los ojos a los transeúntes que pasan: obreros que van de prisa con las manos hundidas en los bolsillos, viejas tapadas con chales de lana, niños descalzos chapoteando en el agua, hombres con el ceño fruncido: graves, jadeantes, llevando estereotipado en sus rostros el fastidio de tener que andar bajo la lluvia.

Ateridos de frío y empapados de agua, los chicos que venden periódicos pasarán impávidos, alegres de andar bajo una lluvia tenaz que pueda traerles la liberación de todas sus desdichas.

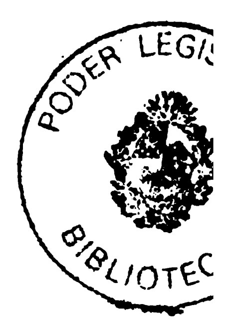
Mezcladas con ellos y el común de las gentes

que correrá huyendo de la lluvia, cruzarán por la Plaza Independencia enjambres de empleadas guapas y donairosas. Caminando a tropezones y aturdidas por la lluvia, irán como pobres mariposillas deslumbradas por la luz. Grupos de curiosos impenitentes se opostarán en los soportales que rodean la plaza, para acechar como el viento y la lluvia les moldean las piernas.

Luego, al pasar delante de estos zumbones decidores del piropo y el motejo, las pobres chicas irán esquivando miradas indiscretas, acosadoras como las gotas de agua que bañarán sus mejillas de coral.

Salpicando de lodo a la gente que cruzará las calles, cargados de pasajeros e inmundicias, pasarán los ómnibus atropelladamente. En sus interiores, una compacta masa humana, mojada y silenciosa, irá arrebujada en sus abrigos e impermeables. También en los tranvías se verán a los viajeros callados, con las narices goteando y los ojos rojos de frío.

Y la lluvia pertinaz seguirá cayendo sobre la ciudad envuelta en brumas, como si la nostalgia de los días radiantes provocara un copioso llanto sobre las calles montevideanas.



Villa Muñoz

CUANDO llega el tranvía a Villa Muñoz, se experimenta la sensación de haber llegado a un pueblo extraño.

Ando y desando por las calles de este barrio judío; pues me place detenerme en el kiosco de la plazuela, escudriñar los interiores de las casas y observar a las gentes del lugar.

También los moradores de Villa Muñoz examinan a los que ambulan por el barrio. Un judío de barba ensortijada me mira con desconfianza; camina precedido de un perro, que se vuelve esperándolo. Este hombre entra en un cuchitril extraño. ¿Es su vivienda? No; es una tiendecilla de verduras, fiambres, pan, alfarería y frituras.

Un enjambre de moscas decora las existencias, armonizando la heterogeneidad del conjunto. En la puerta de la calle hay una silla rebosante de periódicos israelitas. El perro del judío la huele con fruición; después, hace una flexión y se aleja.

Agazapados en la acera de la calle Gutiérrez, unos niños judíos toman el sol. No juegan ni ríen. Permanecen inmobles y tristes. Hago una mueca para excitarles hilaridad, pero siguen mohinos. Son niños cabezotas; tienen el cabello ralo, orejas despegadas y ojos inexpresivos.

Con el pensamiento puesto en ellos, camino por lugares desiertos, de caserones fríos y uniformes.

El taconeo de unos zuecos rompe el silencio de la calle. Es una mujer que se aleja; luego, vuelve a imperar un silencio impresionante.

Salgo de la calle Gutiérrez y entro en Blandengues. Hay en esta calle un puesto de comestibles, que sólo venden artículos permitidos por el rito hebreo. Viejas y haraposas judías que se expresan en una monsegra disonante, giran alrededor de un hombrecillo que las atiende humildemente.

La calle Emilio Reus, es de una tristeza mortal. En algunos balcones de estas casas melancólicas, hay tendidos de ropa blanca; también pen-

den de los ventanales colchones con franjas multicolores y almohadas de percal rojo, cuya visualidad atenúa la monotonía de las casas iguales. Monotonía que no existe en Colegiales y Pasaje de la Fuente. Dos callejones sin salida; rincones llenos de encantos, flanqueados por viejas casuchas de paredes agrietadas y llenas de musgo.

En Colegiales, una parra se eleva por detrás de una vieja tapia; frente a ella, un derruído muro de ladrillos presta albergue a un sinnúmero de extraños insectos.

Pasaje de la Fuente es un callejón de empedrado tosco, en el que se respira una atmósfera de épocas pasadas. Un Municipio iletrado, le hace ostentar su nombre así:

"Pasage de la Fuente"

Pero esta futilidad no quita el encanto del callejón; oasis plácido y poético que, con sus agrietados muros, sus casuchas viejas y sus ventanales floridos, borran la impresión de tedio que dejan las casas simétricas del barrio judío.

Paseo matinal

SON las ocho de la mañana. Formo parte de la oleada humana que pulula por la calle Soriano.

Frente a esta calle jalonada de plátanos se alza el antiguo edificio del Mercado Central.

Su fachada está totalmente bañada por el sol. En los balcones del piso alto, una señora cose y habla con otra mujer que riega unos tiestos de geraneos rojos, salpicando de agua a unos chicos que juegan en la calle. Los párvulos fijan la vista en los balcones del vetusto edificio y brincan alborozados.

Saturado de alcohol, un hombre que permanece adosado a la pared, gesticula y ríe de un men-

digo andrajoso y desgreñado, sin advertir la hilaridad que él causa a los transeúntes.

A la izquierda del portón de acceso, hay una pequeña fonda. Sobre los manteles flordelisados, se ven migajas de pan y manchas de vino. Dos hombres dormitan acodados en las mesas. El mozo de comedor deglute vorazmente un panecillo, mientras observa a las sirvientas que llegan y salen del Mercado.

Subo una escalera de peldaños de piedra. En el portal, hay un puesto de menudencias que despide olor a jabón aromoso. Algo más allá, una mujer vestida de harapos vende flores mustias. Ni pregona, ni ofrece su mercancía; tiene las guedejas leonadas, la piel llena de arrugas y los ojos tristes.

Estoy en el patio del caserón. El techado es un viejo armatoste cortinado con telarañas. Lo forman vidrios pintorreados, chapas de zinc y maderas por cuyas hendijas se filtran hilos de sol.

En algunos puestos, la tenuidad de la luz lobreguece a los mercaderes. Inmenso gentío se derrama por las tiendecillas atiborradas de mercancías. La mayoría de los mercaderes son judíos; hombres desaliñados, sucios, que exhiben muestrarios de manchas en sus gorros, sacos y delantales de tela blanca.

Uno de ellos, el propietario de un puesto de panes y confituras, platica secretamente con otro judío de barba hirsuta, chaqué y sombrero de copa; mientras presta atención a su congénere, mira con el rabillo del ojo a un muchacho que se detiene ante una hilera de panes extraños. El chico permanece embelesado, inmutable, con la vista clavada en los panes acaracolados, untados con brillantes ungüentos y marbetes pegados en las cortezas.

Un mandadero que observa al hebreo barbiluengo, trueca una sonrisa truhanesca con una criada que pasa cargada de hortalizas; ésta se remilga, dice una locución proverbial y rompe a andar con desenfado.

Vestidas de rojo y violeta, se pasean dos negras jovenzuelas. La más pequeña, lleva un atado de ropa planchada envuelta en una toalla nívea. La otra, la vestida de rojo vivo, advierte mi atisbo y me hace un guiño lleno de gracia. Le respondo con una mueca burlesca. La negrita se echa a reír, luciendo una dentadura que parece hecha con carne de coco.

Algunos marineros salen borrachos de las tabernas que circundan el Mercado. Una turba de muchachos inquietos los siguen detrás, mendigándoles cigarrillos. Llegan frente a un puesto de alfarería. Los chicos tropiezan con una señora ve-

lluda y de moño, que examina con detenimiento un cacharro de arcilla roja. La mujer vuelve la cabeza, expresando el enojo en la curvatura de sus ojos convergentes.

Oigo a dos hombres que dialogan con voz estentórea. Son adictos a distintos clubs de fútbol. En un instante se encuentran rodeados por grupos de mercaderes y gente que se detiene para solazarse; cuando ellos lo advierten, callan y se retiran avergonzados.

Un mendigo que lleva una bufanda roja arrollada al cuelo, hace extraños movimientos para burlarse de los contenciosos.

La gente mira al pordiosero y ríe alborozadamente.

Pasa un anciano extremadamente delgado. En una bolsa sucia y deshilada, recoge del suelo restos de legumbres y frutas arrojadas por inservibles.

El oleaje de la multitud, lleva y trae a un corro de tranviarios que hablan todos a la vez.

Ajena a todo lo que sucede a su alrededor, camina una mujer con un crío dormido en sus brazos.

Pasan nuevamente en tropel los muchachos que iban detrás de los marineros. Algunos fuman cigarrillos, echando el humo por las narices; otros, se detienen absortos ante un viejo pescadero que lo sacude violentamente un acceso de tos.

Por un camino estrecho y obscuro, pasan cargadores de carne que me recuerdan a los nervudos y recios trabajadores que pintara Monturiol.

Como la afluencia de gente y el bullicio acrece por instantes, salgo de entre la multitud buscando silencio.

Una vez en la calle, llevo los ojos al sur. En un mar azul y serenísimo, un barco se esfuma en la lejanía.

Despotrique

ESTABA yo sentado en un banco de la Plaza Independencia donde suelo tomar el sol por las tardes, cuando veo avanzar hacia mí a un viejecito octogenario.

La continuidad de sus muecas y el lento movimiento de su pierna izquierda, expresaban el dolor que sentía.

Un acceso de sofocación lo dejó lívido; después, se dejó caer pesadamente en el banco.

Por la mirada que me dirigió, comprendí su deseo de conversar conmigo.

Transcurridos algunos segundos, me dijo señalando su pierna izquierda:

—¡He aquí una pierna inútil! Llevo veinte años de sufrimiento...

—¿Reumatismo? —le pregunté.

—No sé —dijo encogiendo los hombros.

Después articuló:

No lo sabe nadie.

—¿Nadie?

—Nadie.

—¿Y los médicos?

—Le digo a usted que nadie, —exclamó malhumorado.

—Entonces los médicos...

El hombre me dirigió una mirada escudriñadora. Vaciló un instante y dijo después:

—Los médicos no saben nada. ¿Quiere un paciente observar la divergencia de opiniones? Consulte a varios; tendrá siempre tantas opiniones como médicos consulte.

—Sí, sí; ya sé que a veces...

—¿A veces? ¿Dice usted a veces? —Y el viejo se echó a reír mostrando un largo y movedizo incisivo. Después, sus ojos se animaron, hizo un gesto de sapiencia, y comenzó a despotricar a su gusto contra los médicos.

—Mi pierna izquierda ha dejado perplejos a todos los galenos. Después de cada examen, sin sa-

ber el nombre ni el por qué de mi dolencia, venía la prescripción facultativa.

Según el médico que consultaba, mi enfermedad cambiaba de nombre y yo de remedios. Unos me recetaban ungüentos; otros brebajes y emplastos. Pero ni los brebajes, ni los ungüentos, ni las unturas, ni todos sus aforismos, hacían otra cosa que demostrar sus errores e incertidumbres. Mi pierna iba de mal en peor.

Hizo el viejo una pausa, prendió un cigarrillo, y continuó luego:

—Hace catorce años, llevaba a la sazón seis de dolencia, cuando pedí una consulta de médicos.

Cinco renombrados galenos me examinaron *in puribus*. Recuerdo sus opiniones aisladas. ¡Qué distintas unas de otras! Pero después de la consulta opinaron sin discrepancias, resolviendo amputarme la pierna.

No lo consentí. ¿Cómo iba a consentirlo, si ignoraban mi enfermedad? ¡Ah, si el paciente hubiera sido un pobre diablo! Entonces le hubieran serruchado la pierna sin ninguna conmiseración. La incógnita se habría despejado o no; pero los honorarios, créame usted que los honorarios, sí. Los honorarios se despejan siempre.

Pues bien, desengañado de la ignorancia de los médicos, no he vuelto a consultarlos jamás. Des-

de entonces, mi enfermedad se estacionó hasta hace pocos meses; ahora, creo que va mejorando lentamente.

Mi interlocutor dijo después con profunda convicción:

—Nuestro cuerpo, es un misterio que los médicos no han podido descifrar. Bautizan las dolencias, sí; pero ¿qué importa que les llamen tuberculosis o lepra, si no saben curarlas? Nos hablan de curar el cáncer, la diabetes, de reparar el hígado, o de rectificar la sangre. ¡Bah! Palabras vanas que yo me resisto a creer. ¿Curar con sus medicamentos? ¡Oh, qué error! Los médicos no hacen otra cosa que obstruir la acción de la Naturaleza. Cuando las dolencias son ignoradas por pacientes y médicos, entonces la Naturaleza obra libremente; cura enfermedades, hace expeler las impurezas de nuestra sangre, elimina toxinas y nos devuelve la salud.

¿No lo comprueban, acaso, miles de autopsias? Sí, lo verifican pulmones donde el bacilo de Koch ha dejado sus huellas, pulmones sanos, perfectamente curados de viejas lesiones que cicatrizaron solas, sin que el paciente supiera nunca que su organismo fuera albergue del funesto bacilo.

¡Ah, si los médicos hubieran tratado esos pulmones! Entonces el paciente no se hubiera librado de una serie de inyecciones perniciosas para los

demás órganos, o de una sobrealimentación excesiva que lo hubiera convertido en una grasera.

Y el viejo se echó a reír, celebrando su frase comparativa. Después, dijo:

—Por lo que a mí respecta, declaro mi absoluta aversión a médicos y medicinas. Pregono a voz en cuello sus errores, invitando a sanos y enfermos a visitar mi asesoría. ¡Mi asesoría! ¿Sabe usted lo que es mi asesoría? Mis libros. Libros de autores que motejan y zahieren a los médicos.

Yo guardo una verdadera antología de sátiras y burlas, que tengo siempre disponible a todo solicitante. Figuran en mi florilegio grandes escritores: Cervantes, Quevedo, Góngora, Samaniego, Moliére, Bernard Shaw, y muchos otros que han ridiculizado a los médicos.

Mi acompañante se levantó con dificultad. Después, me dijo:

—También yo colaboro con mi grano de arena para desasnar a la humanidad.

Y se fué satisfecho de su disertación, arrastrando lentamente su pierna izquierda.

Colorines, cohetes y charangas

Las elecciones se aproximan. Como de costumbre, vienen precedidas de un total empapelamiento de la ciudad, la aparición de clubs políticos con sus mamarrachadas de efigies, gallardetes, banderas y cohetes que estallan de tarde en tarde.

Una legión de empapeladores van emporcando la ciudad con volantes, carteles murales y retratos de candidatos con leyendas y autobiografías cargantes de vanidad.

Colorines, peroratas, cohetes y charangas, obran perturbando a las masas populares. Las muchedumbres son ilusas. Las seducen los discursos enfáticos y los prometientes falsarios. Sabedores de su fatuidad, los parlanchines políticos las cautivan

para impulsarlas a las urnas. Es preciso ganar prosélitos. ¿Dónde buscarlos? ¿Entre hombres que piensan con absoluta posesión de sí mismos? Nó; éstos siempre son los menos. Un rebaño de inconscientes, proporciona más adeptos que una junta de sabios. Y la cantidad lo es todo. No se valora la índole del voto, sino la acumulación; singularmente, lo cualitativo es ineficaz. El valor efectivo reside en la suma; total hecho con sumandos de masas ciegas, ávidas de trocar peldaños de ascensión a la burocracia por arengas hueras, colorines chillones e insignias escarlatas.

El orador político, es un hábil discernidor de la psicología de las masas. Es la rémora que coarta y obstruye su albedrío; pero lo inhumano, lo realmente execrable, es el egoísmo del buscón de adeptos. Toda su palabrería propende a un fin determinado: atrapar estultos que apuntalen su sitial de burócrata.

Las muchedumbres se exaltan fácilmente; basta servirles discursos excitativos, charangas disonantes y colorines en profusión. Aleladas primero, y en desbordante tumulto después, irán detrás de caudillos y tribunos sin advertir que ya está echada la simiente de su infortunio.

La ponzoña está oculta en la trastería de pendones, retratos y telas que penden de los clubs.

Lo importante, es deslumbrar a las masas para que olviden gabelas que ahogan y vejámenes que denigran.

Para las muchedumbres, lo atraíble no es la idea tradicional, sino la *mise en scéne.* Es así que embelesadas ante fastuosos oropeles, sin reparar que su visualidad les turba la conciencia, irreflexivas, carentes de personalidad y energías morales, doblan la cerviz para recibir su yugo.

Si por serviles o inconscientes hacen escalar posiciones a toda una retahila de parásitos, es explicable, a la postre, que éstos las succionen después hasta dejarlas exangües.

Para eso les dijeron discursos rimbombantes, echaron algunos cohetes al aire y los enardecieron con dísonas charangas.

Atahualpa

NUEVE de la mañana. Estoy en Atahualpa. Es éste uno de los lugares más deliciosos y tranquilos de los aledaños montevideanos.

Comienza la primavera. La resurrección de la Naturaleza remoza el paisaje, engalana vetustos jardines y trae suaves y floríferas brisas.

Ando por senderos tapizados de césped y florecillas silvestres; camino en silencio observando la gama de verdes que aviva a trechos un sol radiante.

Miro en torno mío. Advierto una casa ruinosa circundada por naranjos y limoneros en plena floridez. Me detengo. Aspiro con fruición el perfume que trae el aire y sigo camino adelante.

Paso por un jardín matoso y descuidado. A la sombra de un viejo aromo, triscan algunos chicuelos. Una mujer que lava ropa en mitad de un tonel, no quita la mirada de la bulliciosa chiquillería; detiénese a veces, cruza los brazos, mira a los niños con suma atención, y luego se echa a reír estrepitosamente.

Me detengo para observar a esta mujer de risa tan francachota. Tiene la cabeza tocada con un pañuelo a modo de turbante, las manos toscas, los ojos grisáceos y los dientes blancos y fulgentes como perlas.

Al reparar mi observación, vuelve a su tarea con verdadero ahinco. Ahora hace sonar el agua al batirla con la ropa. Es tal el chapoteo, que ahuyenta a unas gallinas que picotean a su alrededor. Las aves huyen despavoridas, llevando el plumaje salpicado de barro y espuma de jabón.

Me alejo de allí. Recuerdo haber visto un antiguo jardín, donde había árboles añosos y una serena quietud. Desando lo andado y vuelvo a detenerme momentáneamente ante el jardín solitario.

Ahora, el aire huele a pinos. Me paro junto a una empalizada donde una enredadera de madreselva trepa por las estacas, y desde allí observo el verdor del plantaje, los rosales tempraneros y los primeros brotes de árboles y arbustos.

Tengo enfrente un muro de cerca cubierto de yedra y verdín; posados sobre él, una multitud de pájaros alegran el lugar emitiendo atiplados gorjeos.

Ahora me detengo ante una mansión de aspecto señorial, rodeada de flores y obras de arte.

Contemplo y admiro la estatua de una Venus de Milo que se yergue sobre un fondo verde oliváceo y matices atornasolados. Algo más allá, junto a unos bancos revestidos de azulejos, dos ánforas romanas lucen su magnífica belleza.

Continúo andando. Camino por la calle Caiguá. Es ésta una calle solitaria, hilada de aromosos cinamomos. Me detengo a observar la maraña de un descuidado y sombrío jardín. Su plantío es de una maravillosa heterogeneidad, pues en selvática conjunción, viven y crecen geranios, álamos, rosales, pinos, glicinas e innumerables zarzas y malezas.

A lo lejos de la calle diviso la torre de un templo gótico; unas casucas enjalbegadas con cal y una frondosa vegetación.

Sigo calle arriba. Camino bajo la inmensa calma de este silencioso lugar. Desemboco en una plazuela circular, arbolada y llena de luz.

Al pie de un farol que hay en el centro de la plaza, conversan con viveza de expresión unos ni-

ños que comen maníes y alfombran el suelo con las cortezas del sabroso fruto.

Floridas enredaderas se trepan por los troncos de los árboles. Pasean niñas agrupadas. Algunas llevan en el pecho manojillos de flores prendidos al desgaire. Sentados en uno de los bancos placeros, platican y fuman dos viejos vestidos con desaliño. Frente a ellos, echado sobre un pedrusco, un niño hojea un libro de Perrault. A su alrededor se forma un corro de chiquillos; y en tanto algunos se distraen, otros contemplan las láminas con el asombro reflejado en los ojos.

Abandono la plaza. Tomo por la calle Florencio Escardó. En ella encuentro de nuevo racimos de glicinas que penden de verjas y enrejados.

También aquí embalsaman el aire los jardines colmados de flores aromosas; y también aquí, por encima de tapias y muros, surgen dorados aromos cargados de exuberante floridez.

Mediodía. El sol inunda a este pequeño paraíso. Su resplandor encandila la vista. Es la hora de la luz deslumbrante. Al alejarme por la calle orlada de cinamomos, llevo en la memoria una maravillosa impresión de este edén montevideano.

Día de pesca

HEME aquí en el dique que sigue a la calle Sarandí. Huyendo del bullicio de la urbe, hombres y mujeres vienen a solazarse a la orilla del mar.

Son las cinco de la tarde. El cielo está límpido. El sol, reluciendo sobre las musgosas piedras de la escollera, las viste con matices de esmeralda; otras veces, las torna violáceas como amatistas.

Por la explanada caminan descalzos unos hombres rústicos, cargados con cañas y redes de pesca. Llevan las facciones curtidas por el aire y el sol. El más tosco, tiene la cabeza destocada. Luce una cabellera espesa. El pelo duro y tieso, le asemeja al dorso de un erizo.

Se detienen. Algo escudriñan. Interrogan a un niño que conduce un cestillo desbordante de pejerreyes. El chico lleva su índice al sur; luego, disienten entre ellos. El pelitieso, que parece ser el más enfadadizo, gruñe como un oso. Algunos transeúntes lo miran con impertinente curiosidad, pero él sigue gruñendo.

Nada advierten de lo que pasa a su alrededor, grupos de mirones que presencian la suerte de un pescador: echa éste su mediomundo al mar, recogiendo de inmediato un cardumen de pequeños pejerreyes. Saltan los peces en la red de alambre, brillando al sol con reflejos metálicos. Sus brinquillos iluminan de alegría los ojos de un niño, cuya fruición se trasluce en sus expresiones.

Pescadores de caña ocupan las piedras que se extienden a lo largo del muro. Estos hombres están gozosos por la abundancia de peces. Las emociones que agitan el ánimo de los pescadores, se perciben de continuo. Unas veces se manifiestan en los ojos; otras en un gesto, en la succión de un cigarrillo o el modo de echar la colilla al mar.

Pescando con caña y algo retirado de la multitud de pescadores, un hombre bebe a sorbos en un frasco de whisky; tiene la cara abotagada por el alcohol, los ojos rojos y la cabellera enmarañada. A su izquierda, en una maleta abierta de par en

par, se ven trozos de pan, cebo, y un paquete de tabaco. A pocos pasos del pescador, un muchacho desenreda unos sedales. Mientras sus manecillas desanudan los hilos, mira al beberrón de hito en hito; sacude el borracho los hombros, dándole a entender que a nadie debe importarle lo que él hace.

Unos tras otros, pasan hombres cargados de aparejos y pesca. Ninguno lleva premura. Sus pasos tardos, como todos sus movimientos, reflejan el culto que los pescadores rinden a la pereza.

Me interno en la escollera. Sentado al borde de un bloque de piedra y con los ojos fijos en el sedal que pende de la caña, un pescador espera el tirón anunciante. Su inmovilidad es absoluta. Diríase que la piedra sirve de peana a un monumento erigido en memoria del pescador de caña.

Mientras este hombre permanece pétreo, se yergue un niño sobre un pedrejón, levanta el bramante, y un pez saltarín reluce al sol su vientre plateado.

De trecho en trecho y alejados unos de otros. se ven hombres tendidos sobre las rocas. Es que invita a una dulce galbana el céfiro, la tarde apacible y el rumor de las olas.

Echado frente al mar, fuma su pipa un viejo de ojos serenos e impenetrables. Hay algo en él que descubre al hombre que ha rodado por puertos y

ciudades; quizá marinero de antaño, ogaño sueña con tierras lejanas que pueblan su memoria de recuerdos.

Sigo caminando. Escalando peñascos, llegan a la orilla del mar los pescadores que iban descalzos por la explanada. El pelitieso no cesa de hablar, es la viva contradicción de todo lo que afirman sus compañeros de pesca.

Contemplo el mar. Resplandecen las lonas de los barcos. Patos marinos vuelan a ras del agua. El sol desciende y tiñe al pedregal, a los barcos y a las nubes. Viste el mar suaves tonos auríferos; un manso airecillo lo riza a su vez, fulgurando el oro en el enrizado oleaje.

En los límites del horizonte, un transatlántico desprende una masa de humo azulado que flota en la atmósfera.

Seguida por gaviotas que a su alrededor graznan, surca las olas del mar una vieja goleta.

Tendido sobre un pedrejón a la orilla del mar, un hombre hojea las páginas de un libro. Sentada a su lado, una niña vestida de blanco y con un amplio sombrero de paja, tiene los ojos fijos en él; parece querer leer en su alma, como el hombre lee en su libro de tapas azules.

Oculto entre moles de piedras cubiertas con capas de moho, dormita un vagabundo vestido de an-

drajos. De un bolsillo del saco le asoman diarios griegos, un mechero y un cucurucho de papel con tabaco rubio. Algunas moscas caminan sobre su frente rugosa. El vago las ahuyenta con su manota pesada y torpe; pero las moscas, después de un pequeño vuelo zumbando en torno de su cabeza, vuelven a posarse sobre su frente sudorosa.

En fila india, marchan cantando un conjunto de muchachos alegres. Niños vendedores de periódicos, echados en el suelo, juegan a los dados por dinero. La gente se agolpa alrededor de los precoces tahures. El más pequeñín, es un fullero de marca mayor. Algunos hombres lo observan solazándose con sus fullerías; pero lo extraño es que ante un espectáculo tan triste, todos los rostros manifiesten singular alegría.

Agoniza el sol. El horizonte se enrojece y colorea al mar con franjas sangrientas. Pierde toda su gallardía un pailebot pintado de verde que arría sus velas.

Surca mar afuera una lancha de vapor; lleva a remolque una gabarra cargada de carbón que ennegrece a su tripulación, a la atmósfera y a la superficie del agua que la rodea.

Anochece. Abandono la explanada. En el puerto se encienden las primeras luces. Desfilan siluetas de pescadores. De un figón próximo se ven lu-

ces de cigarrillos encendidos y se oyen voces aguardentosas.

Ahora, el astro de la noche lo ilumina todo; su fulgor refleja en el pedregal, en los barcos y en las olas del río.

Recordando a los muertos

DOS de noviembre. Día ventoso y plomizo. La calle Yaguarón, camino que lleva al cementerio, presenta un aspecto de singular colorido.

Colma las veredas un extenso oleaje humano. También en la calle se agita el gentío bajo el arco carpanel que tienden a formar las copas de los árboles.

Silba el viento azotando a los plátanos. Vuelan a raudales los granos del fruto, penetrando en los ojos cual si fueran ponzoñosas saetas.

La muchedumbre pasa restregándose la vista. Todos los ojos se vuelven lacrimosos y congestivos.

La concurrencia ennegrece la plazuela donde finaliza la calle. Llega al cementerio. Gira alrede-

dor de las puertas de acceso. Irrumpe la necrópolis. Se disgrega por senderos enlosados; y símil a un alud que fuera desprendiendo trozos de nieve, gira y trompica dejando el suelo regado de flores.

Me adhiero a la caravana de visitantes. La gente se mueve en tropel, apretándose unos a otros en impetuoso torbellino. Al llegar a la rotonda, la multitud se bifurca lateralmente, ramificándose después hasta ralear.

Ahora el viento sopla con fuerza; desune del tronco de viejos pinos a rosales trepantes, levanta la tierra, arrastra hojas secas y dobla las copas de los cipreses.

Me aparto del camino principal. Ando por tortuosos holladeros ceñidos de tumbas. Cubiertas de flores, pocas lápidas quedan legibles. También Cronos ha desgastado muchas inscripciones hasta dejarlas ilegibles.

Delante una lápida, una mujer extraña permanece pétrea, sin mutación, empeñada en descifrar uno de los borrosos espitafios. Un leve movimiento labial contraría con su rigidez de estatua inánime.

Se aproxima un viejo sepulturero. Lleva a cuestas un rebujo de flores mustias y hojas secas. La mujer de figura estatuaria lo interroga; él se encoge de hombros, hace una mueca displicente y

sigue andando con su lío de flores y hojas muertas.

Por momentos la multitud se aquieta; luego rebulle acrecentada, tornando a sus vueltas y revueltas.

Los que van y vienen de visitar a sus muertos, pasan adustos y contritos; pero mezclados a éstos, marchan algunos jóvenes irreverentes. Profanos consuetudinarios, escarnecedores de hábito y estultos de nacimiento, todo lo celebran con risas estruendosas. Ríen de los movimientos que hace un atáxico al andar, se burlan de los viejos y motejan a las viejas.

Al ver que ríen de todo burlescamente, se les acerca un hombre de uniforme amarillo y les habla en tono severo y resuelto. Los mozuelos lo miran en silencio. Después se pierden entre la muchedumbre.

Observo a dos niñas que ornamentan una tumba con flores. La mayor es una artista consumada; mientras ella orna, la pequeña que le presta ayuda la contempla embelesada. Construyen una cruz florida con rosas albas y jacintos violados. La cruz se destaca relevante sobre la lápida de granito gris. Las curvas a modo de áncora con que terminan los brazos, son violáceas y de una perfecta simetría.

Unas señoras que adornan una tumba cerca-

na con azucenas y ramas de helechos, dejan su quehacer para examinar la cruz ancorada. También una anciana se detiene. Ahora es un pequeño público el que rodea a las artistas que modelan con jacintos y rosas.

Pasan fisonomías de rasgos vulgares; algunas llevan estereotipadas una severa rigidez; otras, dejan entrever sentimientos que mueven a compasión.

Acrece la multitud. Rondan los aguadores ofreciendo sus servicios para refrescar plantas y flores. Asimismo los niños que cargan agua en envases de hojalata mosconean y acosan a la gente hasta el cansancio.

La muchedumbre queda inmóvil un instante. Por un sendero pasa un entierro. Fornidos mocetones llevan el ataúd a pulso, seguidos por un pequeño séquito.

Continúa la ronda procesional. Se vuelve a oír el musitar de voces quedas y el susurrido de pasos arrastrantes.

El follaje cesa de gemir. Ya no trazan curvilíneas las altas copas de los cipreses, ni están a merced del ventarrón los rosales desprendidos de los pinos. Calmó el viento. Ahora el cementerio está deslumbrante de sol y matices. Bandadas de pájaros trinan un himno de salutación al rey de los astros.

Sigo andando. En el centro del segundo cuerpo, donde se levanta una cruz, reza una mujer de asombrosa delgadez. A su lado juegan dos niños con ramojos de laurel. El más chiquitín, cosquillea al mayorcito con su rama laurea, celebrando con ruidosas carcajadas las muecas de su compañero de juego. La mujer cenceña los observa con suma fineza y torna a sus oraciones. Callan los niños momentáneamente, adquiriendo seriedad de señores respetables; pero pronto repiten el juego, volviendo a estallar las risotadas frescas y sonoras.

El sol colorea la hierba de diversos tonos, fulgura en cristalinos charcos, dora el enrejado de un mausoleo y resplandece sobre el busto del Redentor. Por ambos lados de la senda se levantan cruces y esculturas de mármol y granito. En los nichos murales brillan las coronas de cuentas vítreas. También sobresalen lazos morados y cintas colgantes. La multitud camina sin reparar en los luctuosos muros; camina ciegamente, arrastrando los pies con ritmo acompasado.

Caída, quizá al acaso, en una loza abandonada, resplandece una azucena de extraordinaria albura. A su alrededor revolotean tres cenicientas mariposas de dibujos similares. Una abeja se ahinca sobre la antera de una flor; arquéase, liba y sa-

le de la sumersión envuelta en un baño de polen de oro.

A pocos pasos de allí, ante una lápida abandonada que tiene por ornamento el musgo que crece entre sus grietas, un hombre de edad avanzada se mantiene firme, inmutable, grávido de señorío y majestad. Fijos los ojos en la loza solitaria, el anciano permanece abstraído. Da la impresión de estar clavado en la tierra. Algunas de las personas que pasan posan la vista en él excitadas por la curiosidad; pero el caballero sigue imperturbable y desdeñoso a la importunación de la gente que transita.

Varios hombres interrumpen el paso en el recodo de un sendero. Uno de ellos dice un piropo a una mujer que pasa seguida de una niña. La chica se vuelve con la lengua afuera. Una señora que lleva un corona de flores artificiales, aprueba con un gesto la acción de la niña.

Voy por intrincados laberintos de tumbas y cruces. Ante un sepulcro abierto, están callados y cabizbajos los mozos que llevaban el féretro por el pequeño sendero. El limitado séquito, hace rueda a corta distancia. Me acerco. Hay un silencio que hiela el alma. Los sepultureros bajan el cadáver a la fosa con gruesa cuerdas. Se oye el ruido sordo que hace el ataúd al caer en el hueco.

Mientras observa emocionado a los enterradores, un niño toma de la mano a su acompañante; éste, que es un hombre de aspecto vulgar, aparta instintivamente al niño hacia atrás, al tiempo que estira el pescuezo para no perder el mínimo detalle.

Termina la inhumación. El cortejo se desgrana, perdiéndose entre la gente que ahora comienza a ralear. Detrás mío oigo rezos y lamentos. Observo. Al pie de un Cristo cincelado en mármol, una mujer que está en el umbral de la senectud llora amargamente. Sus gemidos conmueven tanto, que unas muchachas se alejan del lugar con los ojos llenos de lágrimas.

Poco a poco todo se va esfumando por la falta de luz. Las muchachas que se enternecieron hasta lagrimear, van perdiéndose entre las sombras que se extienden por la necrópolis.

Ha terminado mi visita. Salgo. Ya lejos, aun perdura el intenso perfume de flores que llega de la ciudad de los muertos.

Puesta de sol

HOY, como todos los días, huyendo del bullicio y la algazara de la urbe, vengo a sentarme en el murete de granito que circunda la Playa Ramírez.

De espaldas a frondosos eucaliptos y frente al mar, asisto al crepúsculo de la tarde; espectáculo colorativo de singular belleza, que frecuentemente brindan con prodigalidad los cielos montevideanos.

Algunas nubes parduscas vagan pausadamente por la atmósfera, formando fantásticas y caprichosas figuras que reproducen escenas legendarias.

Diríase que los dioses han abandonado el

Olimpo para luchar con gigantes y titanes que insisten en su loco afán de escalar el cielo.

Asoman por la lejanía erizados cúmulus que van tomando formas de figuras extrañas. A la imagen de un dragón con múltiples cabezas que rememora al guardián del jardín de las Hespérides, le suceden nubes representativas de un Cronos boquiabierto, tras Zeus que huye y se pierde entre densos nubarrones que recuerdan al monte Egeo.

La decoración cambia de continuo. El cielo se aborrega de argentadas nubes que van tiñéndose de rosa al recibir el beso del sol. Mientras un grumo de cirrus se va extendiendo bajo el purísimo azul del firmamento, una nube solitaria ambula perezosamente por la atmósfera. Majestuosa y tarda, esta creadora de ficciones alegóricas se orla de tonos morados como amatistas.

Apizarrados nimbos realzan en relieve fantasmas espectrales. Detrás de éstos, sigue en vertiginosa transición una nube que semeja una escultural Andrómeda, que en veloz mutación se torna en un Perseo que exhibe en alto una cabeza de Medusa.

En tanto se aleja un cúmulo festoneado de jónicas volutas, próximo al horizonte van tendiéndose en líneas paralelas múltiples estratos.

Cielo y mar se aprestan a lucir coloridas ga-

las. Por instantes acrece la belleza del espectáculo crepuscular. A él se une el humo de chimeneas lejanas, que semejando un velo sutil flota en el aire tomando irisados matices.

Brilla la arena circuida por el bajo muro. En la costa permanecen alineadas las aves marinas. Vuelan bandadas de pájaros haciendo geométricas evoluciones.

Resplandece en el río la policromía de colores que cubre el cielo. Es así que el agua se colora ya de azul turquí, ya de rosa, o morado claro con largas fajas ambarinas. Se riza el oleaje. A su titilar, se dibujan fantásticos y caprichosos arabescos de púrpura y oro.

Se vigorizan los rojos celajes que ostenta el cielo. El occidente está henchido de nubes que se agolpan hasta unirse en armoniosa conjunción; algunas tienen reflejos de ópalo, revistiéndose otras de arreboles intensamente coloridos.

Dos nubes gríseas, uniformes en forma, volumen y color, pasan lentamente por la atmósfera. En torno del gris azulado de estas diminutas nubecillas resaltan tan simétricamente las orladuras de oro, que causan la impresión de ser talladas por artífices de orfebrería.

La hoguera crepuscular toma acrecentamiento. Por el hueco que forman al abrirse esponjosos

cúmulos, el sol echa su desangre de luz. Todo se enciende en el horizonte. Hay trozos de cielo que parecen salpicados de rubíes y amarillos topacios.

Una llamarada ígnea aviva el colorido. Pasada la luminosidad, se amengua la gama e imperan los tonos cargados de sombras.

Ha huido el sol. Sumido en el horizonte, aún perfila con oro de tibar el contorno de grandes nubes que han tomado azuladas y tenues tintas.

Luchan luces y sombras. Al expirar el astro que todo lo vivificara, se desvanecen los matices como preludio de la noche naciente.

Decrece la luz. Mar y cielo se cubren de grisácea oscuridad. En el agua riela argentadas tracerías. Me vuelvo. Fijo los ojos en la luna. Es una luna que surge del umbrío follaje tan límpida y brillante, como si por arte de magia hubiera salido de las expertas manos de un platero.

Se hace un silencio largo y solemne. Epilogando la caída de la tarde culminante en belleza, un vientecillo apacible trae a intervalos el eco de una campana que tañe.

Gimnastas

TURBAS de mozancones han invadido y convertido en campos de deportes las playas montevideanas.

Se ven saltadores de trampolín, gimnastas que hacen flexiones en los trapecios y muchachos que se enroscan en las anillas con agilidad simiesca.

Los jugadores de fútbol, les exceden en número a los demás gimnastas y volatineros.

Hombres de todas las edades que ofrecen sus cuerpos a las caricias del sol, corren detrás de una pelota con exaltado entusiasmo.

De ahí que a veces, algún bañista que dormita plácidamente al son de las olas, vuelva a la realidad de un furibundo pelotazo.

Generalmente ineptos para ocupaciones manuales o trabajos que reclamen distintas fuerzas, estos gimnastas permanecen en las playas los días enteros. Para ellos no reza el viejo aforismo de Juvenal. No buscan dar flexibilidad al cuerpo ni salud al espíritu, sino ser aptos para profesar el fútbol.

Los pequeños intervalos en que los gimnastas entran al baño, no exceptúan la continuidad y violencia de los ejercicios; pues durante la sumersión, juegan a la pelota con efectiva pujanza.

Una vez salidos del baño, mojados y exhaustos, vuelven a ejercitar el fútbol con redoblada exaltación.

Asimismo los espartanos se arrojaban al Eurotas y los romanos al Tíber después de una impetuosa gimnástica; pero éstos, a diferencia de nuestros futbolistas, aunaban a la gimnasia corporal el ejercicio de las facultades intelectivas.

Filósofos y retóricos daban conferencias científicas y literarias en los gimnasios de la antigua Grecia, haciendo alternar los ejercicios corporales con el cultivo del espíritu.

Al igual que los griegos, —a excepción de los dóricos que hacían gimnasia con fines guerreros— también los romanos demostraban la perfecta com-

patibilidad de los ejercicios gímnicos con los del intelecto.

Pero para nuestros deportistas que nada añaden al juego de puntapiés y cabezazos, el balón es el símbolo de todas sus aptitudes.

Sin despegarse un instante de la pelota, saltan, corren y ruedan sobre el arenado suelo con infatigable entusiasmo.

Es signo de necedad, la obduración de proseguir sin tregua, bajo un sol calcinante, violentos y desordenados ejercicios.

Cotidianamente se ve a la misma muchachería. Exceptuando algún hombre maduro, los demás son jóvenes recios que ostentan con orgullo sus prominencias musculares.

¡Y pensar que faltan brazos para surcar la tierra y podar viñedos!

¡Salvajes!

YA estamos en pleno veraneo. Las soleadas calles que desembocan en nuestras playas, toman una inusitada animación bajo los rayos de un sol implacable.

Los turistas argentinos, charlando y riendo alegremente, llegan a la arena de la playa para disfrutar del sol, agua y aire montevideanos.

También llegan otros turistas extranjeros, complaciéndose a veces en zaherirnos acerbamente; y en ello, las más de las veces llevan razón. Nuestros compatriotas, echados panza arriba en las doradas arenas de Pocitos, oyen sin inmutarse ni objetar, crueles críticas a todo lo nuestro.

Ayer, a la sombra de una sombrilla de lona, platicaban dos niñas extranjeras:

—¿Has visto el edificio Salvo? — dijo la más pequeña, en tanto se hacía aire con un periódico.

—¡Bah!... Es un adefecio — contestó despectivamente la amiga.

—¿Y el Palacio Legislativo?

—¡Puf! — exclamó la otra. — Eso es un oasis en medio del desierto.

—¿Por qué le llamas oasis?

—Porque está aislado.

—¿Aislado?

—Sí, aislado. ¿No has visto que está rodeado de terrenos baldíos y casas derruidas?

—¡Ah, sí, tienes razón! — exclamó la pequeñuela.

—Y el monigote que hay en el puerto, ¿lo conoces?

—¿Monigote, dices?

—Sí, sí; monigote. Es una estatuta erigida en la explanada...

—¡Ah, sí; cierto! Nunca he visto despropósito igual.

Y a fe que no les faltaba razón a las chicas.

Sentado en una flamante maleta de cuero, un acicalado mancebo a quién denunciaba su oriundez la piel morena, los cosméticos y el cargante

perfume que despedía, dijo a una mujer en alta voz:

—¿Ha ido usted al centro?

—Hoy, sí. — contestó la dama.

—¿Le agrada la ciudad?

—Me entristece.

—¿Le entristece?

—Sí, joven; mucho.

—Pero... ¿por qué?

—Porque no hay diversiones. Las confiterías están sin gente, las calles desiertas, los cines vacíos....

—Sí, todos dicen lo mismo — exclamó el gomoso muchacho.

—¿Vino usted por mucho tiempo?

—No lo sé. Un mes; acaso más...

—¡Ay, joven! Ya se aburrirá usted soberanamente.

Y la dama salió presurosa a mezclarse con un grupo de gente que seguía a una exótica bañista.

—¡Salvajes! — decía la bañista fuera de sí.

Y se hundía en la arena, sin lograr deshacerse de sus impertérritos acompañantes.

Por un momento, la pobre mujer quedó aturdida; después echó a correr, seguida siempre de su escolta de energúmenos.

Sus gritos atrajeron la atención de un policía, que se aproximó a la dama cautelosamente.

—¡Policía! — ¡Detenga usted a estos salvajes! — ordenó enfáticamente la señora.

—Pero si es usted la culpable, señora. — dijo el policía con suma cachaza.

—¿Culpable yo?

—Usted.

—Pero... ¿por qué?

—Porque está usted más desnuda que la mujer de Adán.

—¿Yo?

—Sí, señora; usted.

—Y ésto, ¿qué es? — clamó iracunda la dama, señalando un pequeño taparrabo que no llegaba a cubrirle las partes pudendas.

La alborotada cuadrilla celebró con alborozo la desfachatez de la dama. El policía calló sonriente.

Luego, la mujer se irguió sobre los talones y bramó fuera de sí:

—Esto no sucede en Biarritz, ni en Trouville, ni en Ostende. Ustedes son charrúas. ¡Salvajes! ¡Salvajes!

Y la impúdica dama se alejó andando lentamente, mientras repetía a todo pulmón:

—¡Salvajes! ¡Salvajes! Esto no sucede en Trouville, ni en Biarritz, ni en Ostende...

Carnaval

SE aproxima el carnaval. Pocos días más, y hará su aparición en nuestra ciudad la furiosa fiesta pagana.

Pocos días más, pues, y el pueblo, que no es pagano por idólatra o politeista, pero sí por la imposición de pagarlo todo, se echará a la calle a torrentes para disfrutar de los festejos.

Y los festejos, siempre iguales, monótonos y tristes, beneficiarán a los explotadores de tablados, a uno que otro vendedor ambulante y a los alquiladores de sillas y trastos viejos. Todos ellos, semejantes a cuervos que revolotean alrededor de unos despojos, esperarán que las pasiones se desborden

para hacer limpieza de calderilla en las faltriqueras populares.

Y el buen pueblo montevideano, fatigado y sudoroso, echará los bofes recorriendo tablados vecinales, oirá boquiabierto un cúmulo de canciones estúpidas, e irá enhacinado a respirar la atmósfera miasmática de los bailes de disfraz.

A nada se dará variedad. En los desfiles de mascaradas, precederán los gigantes y cabezudos. Detrás, al son de charangas detonantes, cabalgará la soldadesca pintarrajeada de carmín y albayalde. Seguirán a éstos una negrería de tamborileros, murgas, comparsas y carros con figuras y grupos mitológicos o de sentido alegórico.

Y al igual que en años anteriores, las muchedumbres volverán a estrujarse. Volverán a oírse frases hueras y se verá gente que vive todo el año sepultada y resucita en carnaval.

Pasarán mujeres tocadas con sombreros absurdos y trajes de remota antigüedad; hombres inexpresivos, bulliciosos jovenzuelos y niños enharinados que irán dormidos en los brazos de sus madres.

Y todos, en la fatigosa marcha, irán moviéndose con embarazo; apretados, jadeantes, siguiéndose unos a otros con la inconsciencia de autóma-

tas que no se apartan un ápice del camino que les han trazado.

Una iluminación monótona, cargada con churriguerescos arcos que se sucederán unos a otros, servirá de señuelo a la multitud para proseguir el dificultoso camino.

Y. los adeptos de Momo, cubiertos de polvo y sudor y respirando emanaciones mefíticas, pasarán carilargos y hoscos, fastidiados por los empellones y el lento ritmo de la marcha procesional.

El hechizo de una plaza

LA plaza de la Unión, situada entre sombrías y desiertas callejas, es un aldeano rincón de la urbe que por su peculiar hechizo, cautiva el ánimo de lugareños y visitantes.

Arbolada y florida, amén de ofrecer un profuso colorido, impresiona su belleza serena, la diminuta fuente que se yergue en el centro y la majestad de su silencio.

Rodean su contorno viejas casucas, una iglesia de severa antigüedad, y un busto de Pasteur erigido tras el enrejado del hospital que lleva su nombre.

Esta plazuela casi olvidada por el común de las gentes, brinda con prodigalidad el hechizo de

su resplandeciente belleza.

Todo es apacible en la pintoresca plaza. También las calles que la circundan tienen un encanto particular; doquiera se mire surgen floridos paisajes, macizos de campanillas róseas y tapiales cubiertos de madreselvas.

Viejas devotas que se encaminan por las mañanas a la iglesia, se detienen en la plaza para aspirar el aire perfumado del ramaje o percibir el gorjeo de los pájaros.

Después de oír misa en el viejo templo, algunas beatas hacen corros y platican alrededor de la pequeña fuente.

A las horas de mediodía la calma es infinita. El sol hace brillar el césped, entona el verdor del arbolado y reverbera en las piedrezuelas de los senderos. Es entonces que sentados a la sombra de doseles de palmeras y envueltos en el humo de sus pipas, suelen dormitar ancianos para quienes la plazuela es un remanso de paz y sosiego.

Más tarde, el hechizo placero atrae a una multitud de muchachos que brincan llenos de alegría. Las madres, reunidas en bancos que sombrean pinos rodenos, mantienen frívolas cháchara en tanto las niñas pasean con sus muñecas en los brazos, las niñeras llevan a la rastra a pequeños críos y los chicos retozan en ruidosa zarabanda.

Al declinar el sol, ningún ruido turba la quietud del lugar.

La expiración de las tardes lleva a la plazuela un poco de tristeza; pero es ésta tan fugaz, que se desvanece al asomar el astro de la noche.

Es entonces que la transfiguración de la plaza ofrece un nuevo encanto. A la mutación de la luz le sucede el cambio de visitantes. Esfumados entre las sombras, paseantes de movimientos tardos se deslizan por los senderos. Algunos llevan los ojos a las estrellas, en tanto que otros pasan sumidos en largas meditaciones.

Parejas de enamorados se posesionan de los bancos que a su alrededor se proyectan sombras de añosas palmeras; y en los asientos sombríos, se confunden entre los brazos aspirando el aroma que forma parte constitutiva del embrujo de la plaza.

Playas desiertas

TANTO se estira en Montevideo el carnaval, es tan larga y lenta su agonía, que su extinción es imperceptible; sólo cuando comienzan a huir los forasteros y se vislumbra el otoño, entra Momo en sus estertores postreros.

Lleno de tedio por la excesiva duración de su reinado, ya está en su última boqueada el hijo del Sueño y de la Noche.

Por lo tanto, trenes y vapores pronto comenzarán a llevarse veraneantes, valijas, baúles y enseres. Los hoteles quedarán deshabitados, clausurados los casinos y las playas solitarias y tristes.

Bandadas de campesinos y gentes de pueblos que llegaron a la ciudad como pájaros asustados,

liarán sus bártulos y volverán a reunirse en la estación del ferrocarril, cargados de maletines y saciados de festejos populares.

También el puerto volverá a tener el inusitado movimiento que tuvo al arribo de turistas y veraneantes; y en conmovedoras escenas de despedidas, se llenarán de lágrimas los ojos que llegaron radiantes de alegría.

Y los porteños que vinieron agobiados y las porteñas macilentas, se irán remozados, ennegrecidos y despellejados por un sol canicular.

Las playas, limpias de bañistas y de impúdicos nudistas que se tuestan al sol, quedarán grisáceas y solemnes. Después se tornarán plúmbeos los cielos diáfanos y amarillas y rojizas las hojas de los arbolados. La seca hojarasca alfombrará el suelo de oro musivo y tonos cobrizos; luego, impulsada por el viento, correrá en torbellino formando extensas espirales y caprichosas circunvoluciones.

Agigantadas las olas, se romperán rugientes contra enhiestos riscos; y deshechas en sollozante espuma, volverán al mar para rehacerse y tornar a bramar.

Y las playas desiertas, hundidas en tinieblas y golpeadas por un mar bravío, aparecerán yacentes a la cárdena luz de un cielo relampagueante.

Películas de guerra

COMO espectáculo preliminar, los cines montevideanos anuncian en sus programas noticiar escenas de la contienda mundial; por lo tanto, a todo espectador, lo desee o no, se le endilga una sucesión de hechos guerreros que aterrorizarían al propio Atila.

Se proyectan en la pantalla sucesos de inaudita crueldad, que los espectadores observan con verdadera fruición.

El dolor de los semejantes no inspira sentimientos de piedad. Impera la inhumanidad. La carencia de sensibilidad es manifiesta en la mayoría de los asistentes a dichos espectáculos.

Dejó de ser horrísono el retumbe del cañón y el repiqueteo de ametralladoras. El público de los ci-

nes padece de atrofia sentimental. Nadie se inmuta ante el dolor humano. Se contemplan sin conmoción sucesos horripilantes; escenas trágicas, que la impasibilidad del público percibe sin alterar su estado de ánimo.

Lo cruel atrae la atención del espectador. Ya no conmueve la dulce mirada de Jesús. Se opta por la fiera expresión del hijo de Agripina. Nerón despierta más emoción que el sacrificado de Nazareth.

Hiela el alma el silencio que reina en las salas en tanto se exhiben las películas de guerra; asombra la revivificación de sangrientas batallas sin oír una voz de indignación, un gemido lastimero o una interjeción de dolor.

Yo he visto pasar soldados carentes de vigor, que caían exánimes forcejeando en el rodaje de cañones enormes. He visto prisioneros famélicos, con los brazos en alto y el terror impreso en los ojos; y acechando a éstos, soldados agazapados que semejaban bestias sedientas de sangre.

He visto combatientes que avanzaban con paso vacilante, chapoteando por campos pantanosos ante una tempestad de fuego. Vi bombas que levantaban la tierra en forma de abanico al estallar; y entremezclados con la tierra, saltar y elevarse por el aire cabezas y extremidades humanas.

Con el alma en suspenso, contemplé a muje-

res, niños y viejos que huían despavoridos de sus hogares destrozados por el fuego. Oí el fragor de innumerables bombas al detonar. Y al disiparse la densa humareda, vi rostros de soldados ensangrentados, con los ojos inmotos fijos en los compañeros sorprendidos por la muerte.

El cuadro no puede ser más patético. Pero el espectador de películas de guerra es de corazón insensible. Contempla actos criminosos con ánimo aquietado. No se inmuta ante efusiones de sangre. Con ojos y oídos atentos, sigue el vuelo de aviones homicidas que van sembrando la muerte y el terror por poblaciones inermes; y con la misma indiferencia que observa el estólido y brutal ataque de esos monstruos del aire, escruta los cadáveres apilados, examina los rostros cubiertos de sangre, los cuerpos rígidos, los ojos tumefactos y las postreras muecas estereotipadas en las bocas de los muertos. El espectador gusta de los horrores de la guerra. De ahí su silencio al exhibirse películas belicosas, que él contempla con espíritu sosegado.

Su imperturbabilidad revela negación de altruismo. Profundamente egoísta, su bienestar es lo fundamentalmente esencial. Arrellenado muellemente en una butaca, permanece atento, silencioso, satisfecha de su inmunidad contra una bala mortal.

Procesión de Corpus

DOS horas antes de comenzar la tradicional procesión de Corpus Christi, la multitud colma nuestra anchurosa Avenida.

Mientras la calzada es un hervidero de gente en continua movición, en las veredas y plazas se estaciona una muchedumbre expectante, apretujada, insensible a la inclemencia del tiempo y ansiosa de inquirirlo y fisgonearlo todo.

En las calles laterales se agrupan alumnos de colegios religiosos, feligreses de todas las parroquias y congregaciones femeninas.

Los portadores de estandartes descansan asentando sus sacras insignias. La multitud se detiene para mirar de cerca las imágenes sagradas, el

oro de los nimbos y el plateado tisú de las suntuosas vestiduras.

Apelotonados en las ventanas de los cafés, los parroquianos observan el enjambre humano que afluye de toda la ciudad. Se oyen voces destempladas que pregonan estampas del Redentor y banderines patrios.

Mugrosa, porfiada y pertinaz, una mujer vendedora de jabones importuna a los transeúntes con obstinada insistencia. La jabonera muestra notable diferencia con otra vendedora que lleva un azafate con cintillos de seda para el ojal. Es ésta una mujer dulce y llena de candor, cuya mirada ofrece similitud de expresión a la que tienen los ojos de *La Dolorosa*. La mirada que dirige hacia un estandarte sobre el cual está pintada la imagen de Jesús, expresa sin ambigüedad que el Señor le inspira una serena esperanza.

La copiosidad de banderas es un espectáculo de singular alegría. Es así que al detenerse grupos de niños frente a edificios de balconajes embanderados, se oyen exclamaciones de sorpresa y alegría.

Ahora es la gente parada en las aceras la que impide caminar. La cantidad de mujeres es cuantiosa. Todas quieren presenciar el desfile de cerca sin perder pormenor de la magnífica pompa y el encanto de la liturgia.

Frente a la parroquia del Cordón, se oye el susurro de millares de devotos. Un enjambre de acólitos se mueve con desasosegada impaciencia en los umbrales de la iglesia, en tanto que sacristanes y monaguillos de albas sobrepellices giran circularmente en derredor de auríferos estandartes.

Las hornacinas que tiene el templo en su fachada, están cubiertas de flores amarillas y rojas. Junto al pie del Crucificado rezan algunas mujeres ataviadas con pañolones de vivos colores. Los monacillos, maceros, seminaristas y clérigos que se extienden por el atrio, presentan un conjunto de colorido digno de ser admirado.

Se oye el murmullo sordo y confuso que precede a todo acto solemne. Algunas viejas musitan oraciones. Todas las miradas convergen hacia la puerta central del templo. Ahora se guarda silencio. Algunos caen de rodillas; otros, al tiempo de quitarse el sombrero, lo escrutan todo con el asombro reflejado en los ojos.

Aparece el palio ocupado por el arzobispo de Montevideo. El sol centellea en los hilos de oro del eclesiástico ornamento. Llevan las varas ocho sacerdotes con blancas y festoneadas sobrepellices. A su alrededor se agrupan miembros del Cabildo Metropolitano, prelados y jóvenes clérigos que lucen su rapada tonsura. También lo rondan cruces en

alto, amarillas hachas de cera, blandones de plata y límpidos y dorados fanales.

La procesión se pone en marcha precedida por prelados revestidos de capas pluviales. Sacerdotes del clero regular y secular forman dos filas de escolta a los costados del palio, en tanto que una inmensa muchedumbre sigue detrás con fervorosa unción.

Ráfagas de viento despliegan las banderas, hacen oscilar las luces de los cirios y levantan el humo que echan los incensarios mecidos por monaguillos escarlatas.

Los altavoces instalados en todo el trayecto que ha de desfilar la procesión, comienzan a entonar cánticos sacros. Se oyen voces de coros de niños. La multitud disuena al intentar el coreo. Los hombres caminan con rígida tiesura. Algunos lucen bandas de terciopelo granate guarnecidas con ribetes de oro; otros, que llevan escapularios con la imagen del Señor, tienen aspecto de autómatas por su gravedad y tiesura.

Integran las filas un conglomerado de mujeres que llevan distintivos de una cofradía; pero éstas, a diferencia de los hombres, escudriñan con símica curiosidad a la gente estacionada en las aceras.

Siguen a las cofradas un puñado de viejas

beatas tocadas con velos y tules obscuros. Van con la cabeza gacha y los labios tremulantes. De sus manos sarmentosas y secas cuelgan cruces y cuentas de rosarios antiguos.

En las calles se apretuja la muchedumbre. La gente observa con dilación a los grupos de colegiales que desfilan en homenaje a Jesús. Causan interjecciones de admiración los uniformes que llevan las alumnas de las Hermanas Teresas. También se destaca el conjunto de enfermeras católicas. A su paso se oye el cuchicheo de la multitud.

A mi lado, una señora de cierta edad habla en voz baja con una chica de admirables ojos. Los sutiles dedos de la joven juegan nerviosamente con un pequeño collar de cuentas que le rodea el cuello. La mujer que la acompaña está empeñada en atemperar la impaciencia de la muchacha; pero ésta, exasperada por la imperturbable calma de su compañera, tira con ímpetu de su collarín. Rompe el hilo y la sarta se desgrana por el suelo. La joven, después de un grito de exclamación, queda absorta contemplando cómo ruedan sus cuentas opalinas.

Al paso de congregantes de María, un tropel de muchachas se abre paso entre la multitud para verlos desfilar. Una de ellas queda embelesada ante los marianos que pasan cantando a media voz.

La marcha se realiza con lentitud. De nuevo se

oyen los aparatos que amplían los cánticos y oraciones. Adolece de monotonía el rítmico arrastramiento de pies que llevan los marianos.

La procesión se detiene. Por todos lados surge la magnificencia. De las vestiduras sacerdotales fulguran las cruces de las estolas, las mitras de los obispos y el oro de los gorjales. También brillan los dorados flecos de estandartes e insignias, las bordaduras hechas en las dalmáticas de las vírgenes y las aureolas que coronan las cabezas de los santos.

Suena un órgano. Simultáneamente se reanuda la marcha. Desde algunos balcones arrojan flores. Pasan congregaciones femeninas. Las congregantas van tocadas con velos y mantillas blancas. Son mujeres de edad temprana. La mayoría de las niñas pasan leyendo sus breviarios. Una adolescente de grandes ojos azules, echa furtivas miradas hacia un cojo que se apuntala en una muleta. Es éste un hombre pequeño, que usa melena y largas patillas. Lleva un diario debajo del brazo y una colilla en la oreja izquierda. En tanto el cojo pronuncia una frase ininteligible, fija osadamente la vista en la niña; ella sonríe del cínico hombrecillo del puntal, hace un gesto de desdén, y vuelve a leer en su breviario de tapas negras.

Avanza un grupo de caballeros. De sus cuellos

cuelgan escapularios bicolores. Son hombres de cuerpos inflexibles y semblantes austeros. Casi todos llevan corbatas negras, trajes de colores obscuros y zapatos lustrosos.

Estos participantes de la procesión pasan indiferentes a todo; pesarosos quizá de sus vidas pecaminosas, marchan cargados de aflictiva contrición.

Es sugestivo el contraste de estos hombres sombríos y severos con las niñas que les preceden. Ellas intermiten la lectura de sus breviarios para buscar entre la multitud el motivo de una sonrisa, charlar a hurtadillas de las monjas que las acompañan o mirar el boato que ostentan los sacros estandartes de terciopelo y oro.

Llega el palio a la Plaza Constitución. Reluce la custodia que se expone a Jesús sacramentado. Frente a la catedral, donde se levanta un altar improvisado, se alinean estandartes y banderas.

Lentamente avanzan prelados y sacerdotes. Se hace un silencio profundo. Los incensarios exhalan azulinas espirales de humo. En tanto que salmodian los órganos, se ven cirios con el pabilo encendido que rondan en torno del altar. Suceden a éstos, cruces de plata cincelada, resplandecientes báculos e insignias de terciopelo con imágenes y lábaros recamados de oro.

Suena un clarín. Se adelanta el dignatario ecle-

siástico que conduce al Santísimo. Pasea su vista entre la densa muchedumbre de fieles. Ahora alza la custodia y bendice al pueblo que cae de rodillas en sumisa profesión de fe.

Una nube de incienso envuelve a prelados y sacerdotes que se agrupan en torno al altar. Se guarda silencio. Ha cesado la ceremonia. Los fieles se ponen de pie; y seguidamente, en confuso revuelo, se disgregan por las calles adyacentes al templo.

Despavoridas por el silbo de sirenas y redobles de campanas, bandadas de palomas rondan la fuente de la plaza en vuelos circundantes.

Soñadores

EL Prado! Pocos paseos montevideanos son poseedores de sus múltiples encantos.

En ese paraíso silenciario de floridos jardines y campos aromatizados con silvestres perfumes, se siente toda la solemnidad de una paz deliciosa.

Su placibilidad y embeleso, atraen a uno que otro paseante. Es gente dotada de la virtud de percibir toda su belleza; soñadores que van a entregarse al reposo en un banco de la rosaleda, o se aislan en el corazón de sus minúsculas selvas.

Los más de los paseantes de otros lugares, son —aunque resulte paradójico unir estas palabras— de adocenada peculiaridad. Afines en la percepción de emotividades, se congregan para hacinarse en

los campos de deportes, asfixiarse en una sala de cinematógrafo o girar en torbellino circundando la pista de Maroñas; por lo tanto, nada de común los une a los paseantes del Prado.

Los soñadores del Prado son solitarios. Concentrados en su mundo interior, pasan lentos y solemnes. Ora se detienen para aspirar una ráfaga de viento perfumado, ora para dar forma a quiméricas visiones; pues tan pronto transfiguran el puente de acceso en el Acrópolis de Atenas, como ven convertirse en ninfas y satirillos a las flores silvestres que festonan las orillas del Miguelete.

Y en la conversiva imaginación de los soñadores, estas deidades danzan relucientes de agua y sol, envueltas en coronarias de flores embriagantes.

A veces, el gesto de uno de los paseantes revela su transición; tornado a la realidad, se le ve detenerse para seguir con la mirada el azaroso vuelo de un pájaro, percibir ruidos isócronos que llegan de la fronda, o para llevar los ojos al horizonte subyugado por múltiples fajas de estratos que engalanan el cielo.

¡Ah, los paseantes del Prado! ¡Siempre pensativos y solemnes! Disfrutando de una paz paradisíaca y con la imaginación pletórica de ensueños, pasean, soliloquian, esculpen corazones y leyendas en añosos eucaliptos, se echan sobre el césped al

borde del arroyo o quedan absortos contemplando las anchas copas de los pinos que el sol llena de matices al sumergirlas en un baño de oro.

Y al morir la tarde, siempre lentos, majestuosos, llevando los ojos hacia la lejanía y con el alma impregnada de poéticas ficciones, los románticos soñadores se van esfumando entre las sombras del viejo paseo.

Niño prodigio

UN diario de ayer publica un suelto, anunciando un concierto de piano a cargo de un niño de ocho años.

Es un niño prodigio, dice el comentarista, transcribiendo un programa donde figuran los nombres de Bach, Beethoven, Mendelsshon y Debussy.

Y bien, lector amigo; yo conozco a ese *niño prodigio* que elogia la crónica de ayer. Es mi vecino de enfrente. Vive en una casa lóbrega y antigua, que ostenta en su frente una enredadera de campanillas azules; una enredadera mustia, que se trepa por las molduras cubiertas de moho.

Tiene este niño grandes facultades interpretativas. No cabe negar que sus ejecuciones son per-

fectas; pues sin caer en hipérbole, puede decirse que es dueño de una técnica prodigiosa.

A través de los empolvados vidrios de la ventana de la casa, siempre se le ve sentado delante de un piano negro y desvencijado.

Constantemente vigilado por sus padres, el pequeño pianista estudia noche y día.

Sólo de tarde en tarde, se le ve entrar o salir de su casa acompañado de su profesor; éste es un hombre adusto y severo, que ha tomado a su cargo la tarea de torturar el cerebro del pobre niño. Acatando su mandato, le está vedado al niño juntarse con los demás chicos de la vecindad.

Padres y profesor, creen al niño un prodigio; no por razón, sino porque la vanidad los ciega. Piensan que al llamar la atención del mundo, también ellos puedan algún día leer sus nombres en los periódicos.

Las tardes de los domingos, frente a la casa del precoz muchacho, se congregan los niños del barrio.

Desde la ventana del viejo caserón, el pequeño pianista mira la calle por donde desaparecen después, en infernal batahola, toda la bulliciosa chiquillería. Van al Parque Rodó. Van a jugar al sol, al aire, a triscar por los senderos, mecerse en los

columpios y echarse a descansar en mullidas alfombras de grama.

Cuando llegan al paseo, con gran alboroto van recorriendo las diferentes diversiones; contemplan el lago donde se deslizan bandadas de cisnes, montan a caballo, se detienen en los teatros, comen en los merenderos y dirigen pequeños automóviles celebrando con impetuosas carcajadas todo lo que acontece.

Después, cuando el sol declina y las sombras se espesan, los inquietos muchachos vuelven a sus casas desbordantes de alegría.

A la llegada de esta turba de niños llenos de alborozo, no puedo menos que ver con profunda tristeza al niño de la casa de enfrente.

Cerrado en su lóbrega pieza, con los ojos clavados en las hojas de música y las manos en el teclado, toca el piano incesantemente.

Para él no hay sol, ni verdes fillajes, ni cisnes blancos. Se le ve siempre encorvado, taciturno; siempre sentado frente a su piano negro y desvencijado.

Tarde de fútbol

Es día domingo. Después de mediodía, una muchedumbre retozante llena las calles de la ciudad, rompiendo con su algarabía el silencio de las horas de siesta.

En los cafés y bares del barrio, el burdel es ensordecedor. Conglutinados al mostrador y apurando sorbos de cerveza, gritan y riñen un puñado de parroquianos; otros, sentados en torno a las mesas, cantan en coro, ríen y vocean, salpicando la cháchara con chistes groseros y frases rebosantes de estupidez.

Afuera, en la calle, grupos de hombres, mujeres y niños, se arremolinan alrededor de tranvías

y ómnibus que se asemejan a ogros insaciables en su afán de tragar gente.

Quintuplicando la carga máxima, estos vehículos ruedan ennegrecidos de pasajeros que cuelgan arracimados; por dentro, la carga ilimitada enrarece el aire. La gente se estruja, se apiña y se huelen unos a otros como si fueran cerdos encerrados en una zahurda.

Así llevan su carga ómnibus y tranvías, hasta volcarla en los caminos que conducen al Estadio.

La muchedumbre se abre después en varias hileras, hormiguea por los holladeros y vuelve a unirse en torno a las taquillas, donde se magullan y pisoten brutalmente.

Una vez adquiridos los billetes, la falange marcha en tropel a ocupar sus localidades.

Dentro del Estadio zumba el enjambre humano. Esperan la iniciación del juego miles de ojos congestionados por el sol.

Al comenzar el partido, castigan impetuosamente a un jugador que cae al suelo y rueda por el campo. La violencia del juego enardece los ánimos. El vocerío se hace ensordecedor. Se oyen exclamaciones que expresan aversión y voces que semejan rugidos de fieras.

La plebe irritada, amenazante, levanta los brazos en alto demostrando su excitación. Se oyen gri-

tos salvajes, silbidos y aplausos que estallan alternativamente.

De pronto, una facción del público lanza un clamor de dolor; otra, inexplicablemente, pide la destitución de un jugador que al caer al suelo los contrarios muelen a pisotones y puntapiés. Pasado el accidente, se hace un ligero silencio; después se percibe un rumor confuso que acrece paulatinamente hasta terminar en ruidoso griterío. Es la celebración de la victoria. Al caer vencido uno de los bandos, el público brama desaforadamente. La exaltación de la muchedumbre es paroxismal. Suenan frenéticos aplausos, se mecen banderas e insignias y se agitan miles de pañuelos.

Finalizado el juego, la gente sale presurosa, estrujándose violentamente. Automóviles y camiones obstruyen el paso a la multitud; también interceptan el camino carros deshechos por el uso y tirados por caballos famélicos.

Tranvías y ómnibus vuelven a cargar gente hasta el tope.

Una hora después, el Estadio y sus alrededores quedan desiertos.

Cae la tarde. El sol ilumina el borde de las nubes, las tiñe de morado y las envuelve en llamaradas de oro.

Ya nada queda de la impetuosa multitud que pasó a trompicones. A la infernal batahola de la muchedumbre, le sucede la prelusión de una noche colmada de solemne silencio.

Lluvia de judíos

HA querido el destino que Montevideo fuera escenario de una lluvia de judíos.

De un día a otro, cual gruesas gotas que precedieran a un chaparrón, arribaron de tierras extrañas algunos israelitas; luego la chaparrada arreció, inundando la ciudad de esta raza que fué su tronco el patriarca Abrahán.

Ya no es sólo Villa Muñoz, los alrededores del puerto o alguna que otra calle montevideana donde bullen las juderías.

En sucesión infinita van y vienen de uno a otro lado, convirtiendo la ciudad en extenso hormiguero de hebreos. Ellos llenan los ómnibus, las playas y paseos montevideanos; ocupan los bancos de las

plazas públicas, son mayoría en los parques, en las mesas de los cafés, en los salones de confiterías y en todas las reuniones donde se juegue por recreación o por dinero.

Es tal la irrupción judaica, que a veces se tiene la impresión de vivir en la tierra de Canaan.

Y esta multitud de gentes exóticas que está adquiriendo proporciones incalculables, pulula enseñoreada de nuestra urbe. Es así que Montevideo, ciudad que fuera de hispánico linaje y espíritu tradicional, hoy semeja una judería de Bethualia o un bajalado a orillas del Jordán.

Por doquiera se vuelva la cabeza, se ven descendientes de Sem. Judíos merceros, baratilleros, vendedores de pastillas o corbateros. También los hay señores respetables; judíos que visten sobrerropas gruesas, usan voluminosas carteras y montan lentes en sus narices corvas.

Los primeros, giran a nuestro alrededor exhibiendo sus baratijas; pregonan con voz queda, como si les causara vergüenza o tuviesen a deshonra la ocupación de mercader.

Los otros, los señores respetables y adinerados, pasan graves y altivos. Son reverentes. Al tiempo de saludar con marcada inclinación del cuerpo, se quitan los sombreros exageradamente.

Estando a solas, todo lo huelen y escudriñan

con atención y recelo; pero andando agrupados, pasan indiferentes a todo suceso extraño. Es entonces, que se les oye hablar a voz en grito un lenguaje desapacible y gutural.

Y el montevideano que a cada paso escucha esta verborrea, recibe la sensación de asistir al suplante del idioma que nos transfiriera España, por una lengua de sonidos ásperos y dísonos.

Los días festivos, se oye esta chirla de continuo. Desparramados por los paseos públicos, la multitud de judíos pasa sin intermisión.

En el Parque Rodó, paseadero de predilección judaica, desfilan en tropel por los senderos bordeados de pinos y eucaliptos.

Y por todas partes, en revuelto torbellino, rondan judíos que marchan a la rastra de perros falderos, judías adiposas llevando críos de cabellos dorados y ojos azules, adolescentes cabezorros y chicas de rasgos semíticos que pasan desviviéndose por asimilar modalidades criollas.

Luego, esta retahila de gente exótica, se vuelca a raudales en la Playa Ramírez. Tendida sobre la arena y a la sombra de quitasoles multicolores, la aljama judía disfruta de los placeres de un pingüe comistrajo. Meriendan pescado ahumado, frituras y bananas.

Después de una reunión judaica, la arena se-

meja una pocilga. Por donde se mire se ven residuos de fiambres, cáscaras de frutas y papeles untosos.

También en los barrios judíos impera la suciedad. Las moradas hebreas despiden tufillo a roña. En las puertas de las viviendas se ven mujeres mugrosas. Tomando los umbrales por sentaderos, pasan las horas muertas echadas al sol.

Y toda esa muchedumbre de judíos, vive esperanzada en llegar algún día a Palestina. No como llegaron a Montevideo, huyendo de insistentes persecuciones, sino buscando el modo de recuperar la patria perdida como lo propusiera Balfour.

Pero los árabes se oponen tenazmente. La convivencia iraelítica los saca de quicio; pues es sabido que las aljamas moras, nunca pudieron avenirse con las judías.

Si se llevaran a efecto las reivindicaciones sionistas, volverían las disidencias; y vueltas éstas, fatalmente tornarían al incesante peregrinar del personaje de la vieja leyenda.

La calle Sarandí

SON las seis de la tarde. Comienza a intensificarse la afluencia de paseantes por la calle Sarandí.

Damas y caballeros observan la magnificencia de las casas de comercio; casas con escaparates lujosos, profusamente iluminados, donde se exhiben telas riquísimas, vajillas de plata, porcelanas, alhajas y juguetes originales para solaz y entretenimiento de los niños.

Apostado en la esquina de la calle Juan Carlos Gómez, un vendedor de flores tiene un cesto rebosante de violetas. Pregona el florero su mercancía con voz meliflua, obsequiando a los paseantes con el exquisito perfume de sus flores.

Algo más allá, en la puerta del suntuoso Club Uruguay, una veintena de señores graves y abdominales, sonríen y guiñan a las modistillas que pasan presurosas.

El rodar de tranvías y ómnibus no cesa un instante. Mientras los ómnibus se abren paso atropelladamente, los tranvías asordan con sus continuas campanadas.

La gente se aparta con presteza de la vía, haciendo grotescas genuflexiones. Grupos de cadetes que marchan con paso decidido y firme, muestran una indiferencia glacial por todo, exceptuando a las niñas casaderas.

Buscando miradas amorosas, van y vienen mujeres elegantemente ataviadas; también los hombres estacionados en las aceras y los que forman corrillos en la calle, visten con entera sujeción a la moda.

Algunos grupos de mozalbetes afeminados, hablan y discuten sobre telas que están en boga, saludando a diestra y siniestra. Todos saludan del mismo modo, la misma inclinación de cabeza y la misma sonrisa.

Contrasta con este grupo unos cuarentones que forman corro. Gesticulan y hablan en alta voz de hacienda pública. A veces, el aleteo de unos oja-

zos negros les imponen silencio; después, vuelven a su plática monótona e insubstancial.

Tomando de recostadero a una casa comercial que hay en el extremo de la calle, una hilera de hombres viejos permanecen extáticos, aletargados por la estela de perfume que dejan algunas mujeres al pasar.

En el recodo de la calle, un hombre obeso que luce una flor roja en el ojal, se deshace en requiebros a una morena de amplias caderas, que al caminar las mueve cadenciosamente.

Otro de los paseantes, sigue detrás de una rubia que corteja. Mientras ella se contonea y mira de soslayo al galán que lleva a su vera, unas mujeres entradas en años se vuelven para observarla con ojillos que denuncian envidia. Son solteronas. Todas las tardes andan y desandan la calle Sarandí en busca del hombre que las quite de la soltería. No del hombre apuesto y gallardo que soñaron en sus años juveniles. Ahora es un hombre. Un hombre cualquiera, sea el que fuere. Esperando siempre, van quedando rezagadas cuando la calle se disipa de paseantes.

¡Qué calvario ese camino de retorno! Se les ve irse exhaustas, con los huesos molidos de tanto andar y una amargura infinita dibujada en la comisura de los labios.

Pero es tan efímero el desconsuelo, que al día siguiente, cargadas de perifollos y acariciadas por nuevas esperanzas, vuelven a mezclarse en este hervidero de gente que es la calle Sarandí.

Psicología de una cola

EN un arrabal montevideano, junto a un puesto municipal para el expendio de leche, hay un agrietado muro que es ruina y vestigio de una casa de remota antigüedad.

Convertido en reclinatorio, el vetusto paredón sirve de puntal a un centenar de personas que hacen cola para adquirir una exigua cantidad del precitado líquido.

Son las cinco de la mañana. Aún no han abierto el puesto. Dos horas antes de la fijada para el despacho, llegan los primeros parroquianos; luego al clarear el día, la cola toma considerable dimensión.

Hombres, mujeres y niños cuya indigencia se manifiesta en los rostros descarnados y los cuerpos cenceños, forman una larga hilera que serpentea impacientemente.

Es una mañana plomiza y fría. Un viento helado y fuerte remolina hojas secas y residuos de diarios viejos.

Al estrecharse la fila, un anciano de ojos turnios exclama irritado:

—¡No empujar, lobos!

Y en seguida, añade malhumorado:

—Sí, sí; lobos. ¿Qué es esto sino un hato de lobos hambrientos?

Un muchacho que tirita de frío, dice al viejo amenazándolo con un cacharro de loza:

—¿Y qué eres tú, viejo sucio?

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿No eres pobre y hambrón como nosotros?

El anciano se agita, tiembla de pies a cabeza, y dice a una mujer que lo observa:

—Señora, ¿oyó usted? ¿Oyó el aullido del lobezno mamón?

La mujer se alza de hombros demostrando su indiferencia.

La espera inquieta a la muchedumbre. Algunos hombres se quejan de sus miserias; otros per-

manecen callados, embozados en mantones de lana y sumidos en su taciturnidad.

Un indigente vestido de andrajos tiembla constantemente. Junto a él, llora un niño que oculta su rostro en las faldas de su madre. Tras el haraposo y el niño, un hombre cuya atención se posa en todo, se acaricia el mentón en actitud reflexiva.

Arrecia el viento. Alguien murmura una monótona cantilena. Un marinero se inclina sobre una mujer y le dice chicoleos. La mujer le espeta una expresión soez. El marinero piensa un instante, fija los ojos en ella y vuelve a piropearla. Ahora la mujer se sonroja avergonzada, en tanto el marinero ríe sarcásticamente.

Un mocetón se encara impetuoso con el marinero y le dice:

—¿Quieres callar, perro? Me repugna oírte.

—¡Eh, poco a poco!... ¿Quién eres tú para mandarme callar?

—Un hombre, ¿sabés? Un hombre que no tolera insolencias de nadie.

—¡Ah, eso no lo sabía! —exclama el marinero con sorna.

—Pues ahora lo sabes.

Callan ambos sin dejar de mirarse. El marinero se vuelve hacia los testigos de la escena. Al advertir que todas las miradas están fijas en él, hace

un mohín con aire burlón, mira al infinito y se pone a silbar.

Cunde la impaciencia. Esto se observa en los ánimos agitados, en la nerviosidad de los movimientos y en las manos crispadas.

Torvo y tembloroso, un anciano a quien acompaña un niño que constantemente se muerde las uñas, estalla en blasfemos juramentos; otro hombre que aspira ávidamente el humo de un cigarrillo, manifiesta su excitación en visajes continuos.

También en las mujeres rebasa la irritabilidad nerviosa. Gesticulan al hablar, hacen movimientos impetuosos y tienen sus botellas y vasijas en continuo movimiento.

Basta observar a este enjambre humano para predecir una rebelión; pero el que así lo hiciere, sufriría una profunda equivocación.

Esta gente, cuyos espíritus se excitan con tanta vehemencia, es incapaz de compeler a las autoridades municipales a que pongan fin a su larga e injusta espera.

Falta el sedicioso. Nadie levanta una protesta que subleve los ánimos. Se oyen insultos e injurias por doquier; pero nadie, al manifestar su enfado, incita a una rebelión que los libre del suplicio de la terrible espera.

Unos hombres salen de la hilera y riñen entre

sí. Son trabajadores intoxicados con falsas prédicas. El tósigo obra en sus cerebros incultos y les hace decir un cúmulo de disparates.

En brusca transición, todos los rostros adquieren actitud de expectativa. La cola hace un movimiento vacilante. Acrece el murmullo. Se oye un chillido agudo. Es la puerta del puesto que se abre para dar entrada a los desheredados de la vida; gente tan desprovista de rebeldía, que reciben a modo de limosna lo que debieran exigir por derecho.

En el umbral de la puerta se detiene un hombre y ordena:

—¡Ea, señores; vayan pasando!

Aguijoneada por la invitación, la multitud estalla en profunda algarabía. Ahora los ojos resplandecen, los rostros se tornan risueños, los vituperadores callan y dejan de temblar los sensibles al frío.

A la algazara le sigue un silencio que expresa la ansiedad de los ánimos.

Solamente el viejo de los ojos turnios grita irascible:

—¡Ahí está la leche, lobos!

Y volviendo la cabeza hacia atrás, añade seguidamente:

—A este aulladero, sólo la pitanza lo acalla.

Franja verde

EN en el *foyer* de un cine montevideano, ávida de presenciar la exhibición de un film pornográfico, se apretuja una abigarrada multitud. No obstante rezar en los programas que la proyección no conviene a las mujeres, son ellas la inmensa mayoría; señoras graves, muchachas casaderas y viejas que huelen a cosméticos aromosos, esperan turno para asistir al espectáculo.

Advierto seres de contrastante heterogeneidad; jovenzuelas de caras róseas, viejas color de cera, narices romas, perfiladas, cabellos negros, albos, dorados y rojos.

Y esta lujuriosa muchedumbre, mezclada en profusa y desordenada confusión, espera las horas perdidas delante de la puerta de acceso.

La gente afluye en tropel. Asombra la multiplicación de personas en el transcurso de pocos minutos.

Sujetos vulgares, se detienen delante de cromos murales que exhiben eróticas láminas; luego, formando una desbordante oleada, se dirigen precipitadamente hacia la taquilla. Adquiridos los billetes, salen presurosos a engrosar el considerable conjunto.

Algunos de estos hombres se mantienen quedos y callados; otros, empujando continuamente, logran situarse en lugares que los aproximan a la sala.

Hombres y mujeres de diversa categoría social, subyugados por bajas pasiones, muestran su vacuidad de espíritu en las expresiones vagas, en la tiesura facial y en los ojos rígidos e inexpresivos. Ojos que al mirarlos producen una emoción extraña. Están en tinieblas. Sólo una luz mortecina fluctúa en lo más hondo de estos ojos yertos. Dan la impresión de haber sido el sendero por donde se esfumó el alma. Diríase que Vesta, al evaporarse el espíritu, hubiera dejado una luminaria en las pupilas muertas.

Pero no todos son ojos inanimados. Son la mayoría, sí; pero también los hay de miradas dulces, tímidas y suaves.

A través de los ojos de algunas mujeres, lánguidos y tranquilos, se descubren afectaciones de virtudes inexistentes, sentimientos lúbricos e inconfesos deseos.

Por los rasgos faciales, se destaca del grupo un hombre que parece el engendro de un sátiro. Tiene el rostro aplastado, el labio belfo y las orejas puntiagudas. Lleno de asombro, lleva los ojos hacia una mujer de exuberante adiposidad; ésta, al advertir la codicia carnal de la mirada, vuelve la cabeza gesticulando un remilgo burlesco.

El calor es asfixiante. Resoplan los adeptos de Afrodita. Bañados en sudor y excitados por la larga espera, se mueven oscilantes. En todos los rostros brilla la traspiración. La ropa sudosa exhala un olor insoportable. El enrarecimiento del aire sofoca, enciende las mejillas y congestiona los ojos.

Boquiabierto e inmoto, como si estuviera sumido en un sueño cataléptico, un joven contempla un cartel anunciante que muestra una mujer desnuda; frente a él, un hombre impudente y locuaz, proverbia respecto al calor y a Satán. Los que circundan al charlador, celebran con alborozo la agudeza de sus dichos. Solamente el joven extasiado ante la mujer del anuncio permanece inflexible, como si estuviera envuelto en una hipnosis provocada por la impúdica figura.

Se eleva la temperatura. Las caras se congestionan más aún. Una mujer que hace un instante hablaba de sombreros y accionaba con gran desenvoltura, ahora está echada sobre su interlocutora; y ésta, molestada de ser sostén, la reprende y zamarrea de continuo.

Termina el film que antecede al esperado. Se oye el rumor confuso del público que está dentro de la sala. Un acomodador corre la cortina que cubre la salida. Llegan bocanadas de aire viciado; seguidamente, los espectadores comienzan a salir lentos, jadeantes, lustrosos de sudor y cargados de molestias.

Los que esperan el film de la franja verde, muéstranse ahora bullidores y contentos.

En la puerta de acceso se colocan dos porteros. Estos hombres se jactan de sus cargos. Están orgullosos de sus uniformes escarlatas. Lucen gorras con galones y botonaduras doradas.

A paso tardo, apretujados y anhelantes, entran a la sala los afectos a lo pornográfico.

El *foyer* queda desierto. Se desahoga la atmósfera cargada de perfumes femeninos y vahos de sudor. Salgo. Afuera corre un vientecillo suave y refrescante. La noche brinda un admirable espectáculo. Camino bajo un cielo maravillosamente constelado.

Un caballo vulgar

TODOS los días, en la calle Bartolomé Mitre, frente a una casa de remates, un hombre rústico y corpachón estaciona un vehículo de carga tirado por un caballo chiquitín, patizambo y ridículo.

Olvidado por su amo, el noble bruto pasa las horas muertas calcinándose al sol. Nada ni nadie le causa espanto. Soporta resignado las inclemencias del tiempo y el látigo del amo. Sufre su pena cabizbajo, triste, sin un mínimo intento de rebelión.

Su paciencia es singular. Tolera la canícula sin apagar la sed, los insectos en las ancas pelonas, los azotes injustos y las raciones deficientes.

Una vez oí a su amo que lo llamó por su nombre; era éste un vocablo tan sucio e indecente, que

nadie osaría repetirlo sin ruborizarse.

Me retiré indignado. Y caminando calle arriba, por largo tiempo no pude apartar de mi imaginación al impúdico y desvergonzado carretero.

Momentos después, he vuelto a detenerme ante el esquelético jamelgo. Le dí un terrón de azúcar; y en tanto lo acariciaba llamándole *Lucero,* él iba saboreando el exquisito manjar. De pronto, el caballo bajó el testuz, cual si asintiera que lo llamara por nombre tan luciente. Fué en verdad, una coincidencia feliz.

Físicamente, el apagado rocín es la antítesis de un lucero planetario; pero estoy cierto que si él pudiera expresar lo que lleva dentro de sí, justificaría que tiene méritos para hacerse digno de tan bello nombre.

Es de creer que *Lucero* me ha tomado un gran cariño. Al divisarme aguza las orejas, yergue la cabeza y vivifica toda su desgarbada figura. Avanzando hacia mí, da uno o dos pasos adelante. Viene en busca de azúcar. A veces simulo incomprensión o distraimiento. Entonces, acercándose a mí todo lo posible, me toca con el hocico para advertirme su presencia.

Esta manifestación de amistad me conmueve. Lo acaricio en la testera, y él me expresa su gratitud mirándome con fijeza.

Es tan feúco y escuálido, que nadie se detiene ante él. Si alguien se para a observarlo, es para mofarse de su raquitismo y fealdad.

Solamente los corceles apuestos y briosos encuentran manos acariciadoras; pero un rocín como *Lucero*, esmirriado, grotesco, con las crines sucias y enmarañadas, sólo recibe castigos de un amo exigente y cruel.

Exceptuando moscas y tábanos, todo ser viviente huye de un caballo desgarbado y viejo.

Quizá en ese aislamiento desesperante, encontré a *Lucero* el día que acerté a pasar por la calle Bartolomé Mitre y lo vi por primera vez. Ahora, acostumbrado a mis caricias, me espera cotidianamente. Al verme llegar se emociona; luego, cuando me voy, vuelve la cabeza para despedirme.

Ayer iba yo por la calle Canelones, cuando vi pasar un carro cargado de muebles y fardos enormes. Lo tiraba *Lucero*. Al reconocerlo, acometióme una angustia atroz. Su amo, empeñado en acelerar la marcha, repetía a gritos la grosera expresión con que lo nombra, azotándolo despiadadamente.

Lucero se deshacía por tomar el galope sin lograr su intento; y el carretero, furiosamente obstinado en su propósito, descargaba una lluvia de latigazos sobre los lomos del pobre animal.

Sentí un imperioso deseo de correr en defensa

del viejo caballo; pero nos separó pronto una distancia tan considerable, que ya no era posible. Entonces seguí andando lentamente, torturado por el dolor que me causaba la fiereza del cruel carrero. Unas horas después, llegué al lugar donde apostan a *Lucero.*

Me detuve largo rato mirando al caballejo. También él fijó en mí sus ojos vidriosos y opacos. Tenía el cuerpo arqueado, la respiración anhelante y la cabeza gacha. Tan triste y cansado estaba, que presentí la próxima liberación de su dolorida existencia.

Pero esta mañana, cuando pasé por el apostadero, ya estaba rehecho. El viejo matalón había resurgido. Al verme, alzó nuevamente la cabeza; y volviéndola después, me siguió con la mirada hasta perderme de vista.

Vagabundos

EN las cercanías del puerto, rodeadas de hierbas silvestres y escombros, se destacan unas ruinas abovedadas que sirven de refugio a un hato de errabundos.

Vestidos de harapos y hacinados en montón, estos seres extraños, totalmente abstraídos del mundo exterior, viven una vida de holganza y placidez.

Por las mañanas, salen perezosamente de sus viviendas subterráneas. Caminan al azar. Erran por el puerto. Atisban. Quedan encantados observando el cabrilleo de las olas, las barcas de pesca, las gabarras carboneras o los buques de cabotaje donde humean cazolones colmados de condumio.

Sobre sus almas gravita una intensa melancolía. Andan sin levantar los ojos, callados, deprimidos, en ese estado de semiconsciencia con que vagan los grandes soñadores.

Hay entre ellos hombres de gran ingenio, eruditos consumados y poetas sutiles; pero todos, sin excepción, ocultan sus conocimientos y aptitudes. Sólo exponen lo exterior, lo inevitable: vestimentas hechas jirones, luengas guedejas y barbas hirsutas.

Perros famélicos siguen detrás de esta gente solitaria y triste. Con ellos comparten los infortunios de la vida, los parásitos y el sustento. Amos y perros comen, duermen y vagan juntos.

Nada les causa enojo. Sin inmutarse, oyen motes ofensivos, chanzas pesadas y burlas sarcásticas. Sin hacer un gesto de enfado, pasan serenos e indiferentes ante la multitud que los escarnece y ríe de sus desdichas.

Tumbados al sol, algunos dormitan apaciblemente; otros duermen a sueño suelto sobre bolsas henchidas de sucios guiñapos.

No obstante la vocinglería de la multitud que pulula de continuo, de los desaforados gritos de los cargadores, de los vendedores que pregonan y un cúmulo de ruidos característicos de todos los puertos, ellos duermen con suma tranquilidad. Diríase

que tienen su mejor soporífero en la bulla continuada, en el silbo de los vapores y en las pendencias de los mozos de carga.

En ciertas horas de la tarde, se entregan a una pereza musulmana. Echados sobre grandes pilas de maderos, escudriñan el horizonte, sueñan y fuman plácidamente.

Y al contemplar las volutas de humo que se desvanecen en el aire, quizá rememoren lejanas ilusiones forjadas al calor de la imaginación; ilusiones deshechas con el andar del tiempo, y que fueron esfumándose como las espirales formadas por el humo de sus cigarrillos.

Cuando en el puerto cesa el trajín y llegan las primeras sombras de la noche, en ellas resaltan siluetas de hombres que pasan furtivamente. Son los erráticos caminantes. Silentes y encogidos, se encaminan hacia la cueva que les sirve de morada. Una vez frente a ella, se sientan en ronda sobre la tierra tapizada de malezas.

En el centro del corro arde un hacho de esparto. El transeúnte que se detiene a observarlos, recibe la impresión de estar frente a un aquelarre de brujos donde se delibera ruidosamente.

A la tumultuosa confusión le sigue un hondo silencio. Aquietados los ánimos, permanecen inmó-

viles y sigilosos. Después tienden sus miradas por los alrededores como si quisieran asegurarse de la soledad del lugar; y seguidamente, estrechando el círculo, hablan quedo y misteriosamente.

Entre risas y sollozos

LAS doce de la noche. En los bares y cafés de la zona del puerto, hierve un gentío heterogéneo y febril.

Hombres y mujeres de toda calaña, en promiscuidad de razas y clases, bailan y vociferan en ruidosa algazara.

Me detengo frente a una de estas casas. Salen a la calle vaharadas de amílico, exhalaciones de frituras y olor a tabaco rubio.

Entro en el local. La atmósfera caldeada dificulta la respiración. El humo de los cigarrillos forma una nube tan densa, que a su través se desvanecen los objetos. Cuesta distinguir la hora que marca un reloj de esfera grisácea; también se esfuma la gente de las mesas contiguas, un gato que

dormita sobre un viejo piano y las oleografías que tapian los sucios muros.

Adosados al despacho, cantan y chocan sus vasos una veintena de marineros ingleses y norteamericanos. Todos fuman, ríen y cantan desaforadamente. Frente al mostrador, se sienta una muchacha de ojos azulados que sonríe a los marineros; y éstos, en susurrante enjambre, comienzan a rondar en torno de su mesa.

Cuando las ideas y las pasiones son afines, la dificultad del idioma no obsta para una total comprensión.

Es así que uno de los marineros, deteniéndose ante la muchacha de ojos azulados, le expresa sus pensamientos por medio de ademanes. La mujer demuestra su rápida concepción asintiendo con su parecer; pues ahora, estallando ambos en estrepitosas carcajadas, se unen en un abrazo ante las envidiosas miradas de toda la marinería.

Oigo a mi lado una voz áspera que llena de injurias al marinaje. Algo más allá, unos mozuelos se divierten martirizando a un viejo lisiado que pernocta en el café. Esta distracción proporciona a los muchachos gran regocijo; pero toma tal acrecencia, que finaliza en una lluvia de regojos de pan que el pobre viejo soporta resignadamente.

El piano que hace un momento servía de dor-

midero al gato del café, rompe con un antiguo vals de Strauss. La concurrencia se enardece al oír las destempladas notas del instrumento de percusión.

Estallan aplausos. Un marinero norteamericano baila alocadamente. Intenta imitarlo un robusto mocetón, pero cae y rueda por el piso cubriéndose la ropa de aserrín. Un ebrio que advierte la escena, ríe de la envoltura que cubre la ropa del imitador. La cara cárdena, los ojos sanguíneos y el labio inferior caído, demuestran toda la estulticia del infeliz alcoholizado.

Entre la multitud de seres viciosos que vociferan y bailan, surge la figura de una pequeña vendedora de periódicos. Es una niña de diez años, llena de candor y pureza.

Recostada sobre una columna del salón, come un trozo de pan que examina con detención antes de llevarlo a la boca. En tanto mastica con lentitud, observa con curiosidad los movimientos de estos hombres que danzan como locos.

Y esta pequeñuela, arcilla moldeable que manos impolutas la convertirían en modelo de virtudes, está ahí sola, abandonada en medio del tumultuoso burdel.

A pesar del barullo, duerme profundamente un hombre que está sentado ante un montón de botellas y vasos vacíos. Sus vecinos de mesa lo con-

templan con singular extrañeza. Una mujer se deshace de un brazo que le rodea el talle, se levanta rápidamente de su asiento y echa un vaso de agua sobre el dormilón; éste abre los ojos perezosamente, mira a su alrededor y sin manifestar enfado, vuelve a entregarse al sueño.

Cantan en coro los marineros. Mujeres de vida licenciosa repiten el estribillo de la alegre canción.

Por momentos, la ensordecedora algazara ahoga por completo el sonido del piano. El pianista, exasperado por la ruidosa batahola, golpea el teclado con inusitada violencia y se contorsiona ridículamente.

Y en medio de esta zarabanda de bailes y risas locas, se oye de repente un espantoso alarido. Es el viejo lisiado que grita y llora con profunda aflicción. Se levanta de su asiento, yergue la cabeza para volver a gritar, pero sufre un desvanecimiento y cae de bruces sobre la mesa que le servía de recostadero para echarse a dormir.

La gente se agrupa a su alrededor. Las mujeres chillan. Los hombres observan en silencio. Se adelanta el pianista del bar y lo zamarrea bruscamente. Es tan violenta la sacudida, que de uno de los bolsillos del accidentado cae al suelo un retrato de mujer. Es un retrato viejo, rugoso, descolorido...

Charlas perniciosas

ESTAMOS en la calle Sarandí, frente a "El Diario". Una multitud se amontona bajo las pizarras llenas de despachos telegráficos.

La gente afluye a borbotones. Algunos hombres llevan sus ojos a las pizarras copiosas de telegramas; otros se detienen formando corros, donde se oye algún razonamiento persuasivo, alguna agudeza ingeniosa e innumerables y desconcertantes despropósitos.

Los temas que se discuten son variados y múltiples: Derecho político, público, internacional y procesal; asuntos actuales, el imperialismo inglés, la tragedia de Europa, la India hambrienta o los disturbios de Palestina.

Todo polemista intenta marcar seguros y firmes senderos; y sin advertir su ineptitud para ello, cree resolver complejos problemas con extrema facilidad.

El tema preferente para los debates suele ser la política exterior. Generalmente se discuten métodos y regímenes a seguirse en distintas naciones, tomando por fundamento ideas absurdas, obras de autores sediciosos o prédicas falaces que sembradores de odios fueron vertiendo por los cinco continentes.

Nada más difícil para los contendientes, que someterse a oír a los demás interlocutores. Todos hablan a la vez. A veces es tal la vocinglería, que se hace imposible conocer los temas en discusión.

Exaltados discursistas con la imaginación en raudo vuelo, reúnen falsos sistemas para estructurar planes plagados de insensateces y maquiavélicas intenciones.

En tanto uno que otro mentecato permanece absorto y boquiabierto oyendo simplezas a granel, los más de los rostros expresan burla e irrisión; pero los interlocutores, en el afán de conseguir adictos a sus ideas políticas no advierten la befa y prosiguen con su enfática y despropositada locuacidad.

Los hay que debaten con gran verbosidad e inagotable entusiasmo; pero sus facultades persuasi-

vas son tan escasas, que despiertan irónicas sonrisas a la mayoría de los asistentes.

Envanecidos por su cháchara cargante y trivial, osan exponer ante sus oyentes sistemas y conceptos que ellos nunca lograron comprender.

La ignorancia no es óbice para los más de los habladores. Tampoco es obstáculo la carencia de erudicción, la falta de elocuencia o el desconocimiento total de los hechos en discusión. Lo esencial es alterarlo todo, romper viejas fórmulas y terminar con seculares tradicionalismos.

Ellos son la vanguardia de toda idea subversiva y extravagante. Claman por justicia social y piden el exterminio de razas y pueblos que otros extremistas les inculcaron a odiar.

Algunos asistentes al charloteo fijan la vista en los rostros de los demás oyentes. Así como es doloroso advertir la infiltración de la ponzoña en el espíritu de uno que otro insensato, satisface observar a la mayoría de los escuchadores; oyentes éstos que inmunes a toda contaminación venenosa, están en continuo acecho para regocijarse con dichos y desplantes que causan irrisión.

Pero los exaltados habladores continúan inmutables. Lejos de molestarse por las burlas de alguno que otro oyente, redoblan su charlatanismo con asombrosa imperturbabilidad; y sin prestar oídos

a chanzas y mordacidades que los ponen en ridículo, prosiguen impertérritos su tarea absurda y malignante de atosigar a los mentecatos que los escuchan hechizados.

Y como estos charlatanes, ¡cuántos en la ciudad! Carentes de una lágrima piadosa para verterla ante un cúmulo de calamidades, vierten toda la ponzoña de sus almas despreciables y envilecidas.

Tangomanía

REBOSA de amantes de Euterpe, un café que hay cercano a la Plaza Libertad.

Noche a noche, sobre un escenario colocado en lo alto del comercio, visiblemente emocionados, se desgañitan emitiendo destempladas notas algunos cantores de tangos que los parroquianos escuchan embelesados.

Me detengo entre la multitud de curiosos que acechan por los ventanales del café.

Una señora que observa los remilgos y mohines que hace un cantor, exclama:

—¡Qué tonto!

—¿Quién? — interroga la compañera.

—Ese cantor.

—¡Ah, si usted hubiera oído a Gardel... ¡Ese sí que era un cantor! — dice la acompañanta.

—¡Pobre Carlitos! — exclama un viejo vendedor de periódicos que oye el dialogado de las señoras.

—¿Es cierto que el muchacho que cantó "Cartas viejas", estuvo fuera de tono? — interroga una morena de ojos tristes a un muchacho apergaminado.

—Es que está constipado, — replica el joven.

—¿Y el resfrío le impidió afinar? — dice la morena con ironía.

—Probablemente.

Dos jóvenes se acercan. Miran al cantor y cambian impresiones; luego, le preguntan a un hombre de aspecto rudo que está adosado a la pared:

—¿Sabe usted si hoy canta Eduardito?

—Sí. Canta todas las noches — contesta el hombre satisfecho de su información.

—Canta mejor que Alberto Castillo — dice un hombretón de facciones aniñadas.

—¿Quién? — pregunta uno de los jóvenes.

—Eduardito.

—¡Oh, sí ciertamente! — exclama un simplón que aprueba todo lo que dicen los demás.

Suena un tango quejumbroso.

—¿Oye usted? ¡Esto es música! — grita un

muchacho a un hombre que permanece silencioso y mustio.

—¡Esto es música! — prosigue el mozuelo levantando la voz.

—¿Oyó usted a Hugo del Carril? — pregunta un mandadero a un hombre desarrapado.

El haraposo responde con profunda convicción:

—Es un artista.

—¿Y canta tangos solamente?

—No; canta también otras canciones.

—¿Mejores que los tangos?

—Mejores, no.

—¡Ah!...

—A mí el tango que más me agrada es "Melodía de arrabal" — dice un hombre cincuentón.

—Pues a mí — exclama otro espectador — "Y entonces llorarás".

Uno de los oyentes lleva la mirada al tablado del café e interroga:

—¿Quién es ese que aparece en el escenario?

Del fondo de la orquesta surge un mocito delgado y contrahecho.

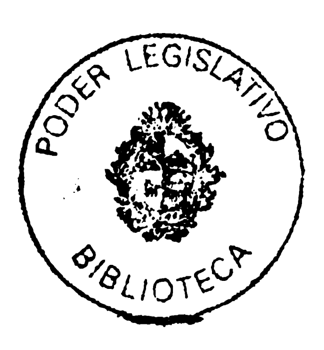
—¡Es Eduardito! — exclama una voz.

Un señor rollizo y grave que aun no ha pronunciado una sola palabra, murmura entonces:

—¡Ya sospechaba yo que Eduardito era una joya!

De pronto se hace en el café un silencio impresionante; poco después, el muchacho canta un tango arrabalero. Al finalizar la canción, el público premia al cantor con una salva de aplausos.

Y yo no sé por qué, aquella canción que arrancó miles de aplausos, llenó mi corazón de infinita amargura.




INDICE

INDICE

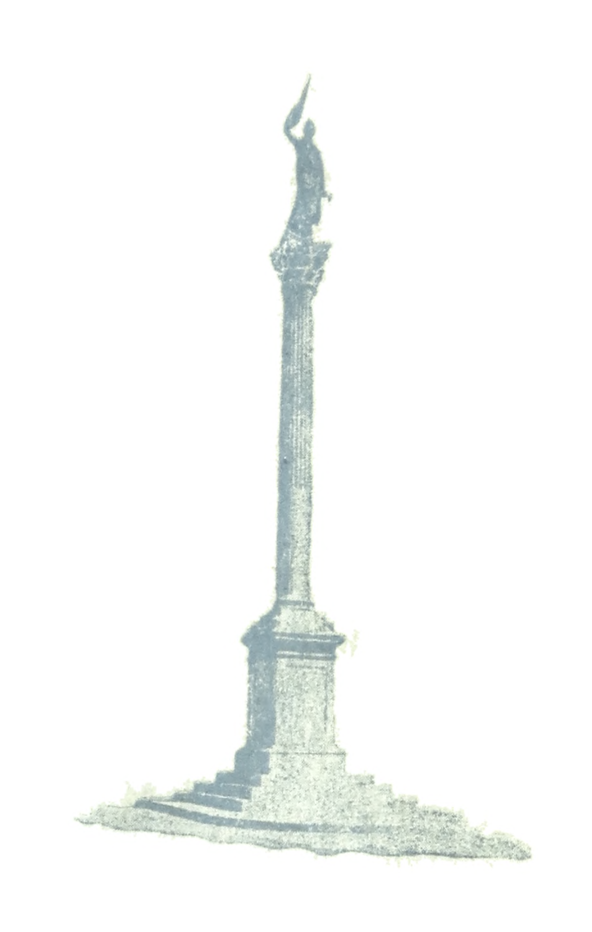
Pág.

El Cristo de la Paciencia 5
Domingo de feria 13
Despedidas 17
Bajo la lluvia 21
Villa Muñoz 25
Paseo matinal 29
Despotrique 35
Colorines, cohetes y charangas 41
Atahualpa 45
Día de pesca 49
Recordando a los muertos 55
Puesta de sol 63
Gimnastas 67
¡Salvajes! 71
Carnaval 75
El hechizo de una plaza 79
Playas desiertas 83

Pág.

Películas de guerra 85
Procesión de Corpus 89
Soñadores 97
Niño prodigio 101
Tarde de fútbol 105
Lluvia de judíos 109
La calle Sarandí 113
Psicología de una cola 117
Franja verde 123
Un caballo vulgar 127
Vagabundos 131
Entre risas y sollozos 135
Charlas perniciosas 139
Tangomanía 143

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DIA 9 DE JUNIO DE 1947 EN
LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA
EDITORIAL FLORENSA & LAFON
PIEDRAS 346 - Tel. 8 36 03 - MONTEVIDEO



Ejemplar

$ 1.50